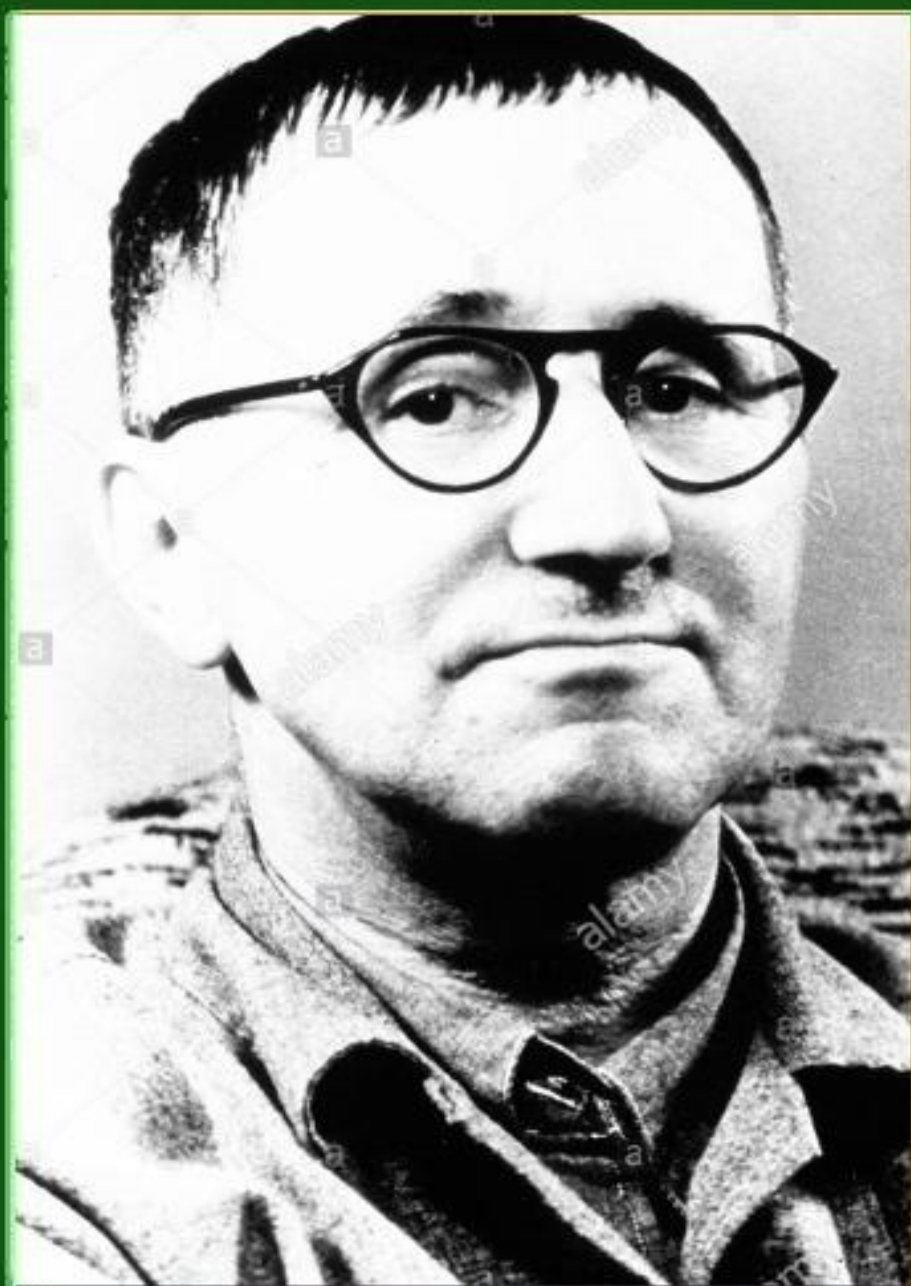




Bertolt Brecht

LA RESISTIBLE ASCENSIÓN
DE ARTURO U

Lectulandia

La obra es una explícita alegoría satírica del ascenso al poder de Adolf Hitler en la Alemania Nazi, el cual Brecht representa en paralelo al ascenso de Ui. Todos los personajes y grupos de la obra, tienen contrapartes directos en la historia de esa época, con Ui representando a Hitler, su mano derecha Ernesto Roma representando a Ernst Röhm, Emanuele Goro representando a Hermann Göring, el trust de la coliflor representando a los terratenientes prusianos, el destino de la ciudad de Cicero siendo equivalente a la anexión de Austria, y así sucesivamente. Asimismo, cada suceso en la obra está basado en un hecho real, como por ejemplo el incendio en el almacén representando el incendio del Reichstag o el escándalo del préstamo para el muelle satirizando el Osthilfeskandal (escándalo relacionado con la malversación de fondos entregados por el gobierno alemán para ayudar económicamente a estados de Prusia Oriental).

En el sentido dramático, la obra se mantiene dentro del estilo de teatro épico del autor. Abre con un prólogo escrito en forma de discurso dirigido a la audiencia, resaltando los personajes más importantes y explicando las líneas principales de los acontecimientos a presenciar, permitiendo de esta forma al público concentrarse en el mensaje y no en el suspense de lo que pueda pasar a continuación. Asimismo, en sus instrucciones para la puesta en escena, el autor especifica ciertas características técnicas que debería tener la obra, como la inclusión de avisos o proyecciones luego de ciertas escenas, que presenten a la audiencia información relevante a fin de clarificar los paralelismos con el propio ascenso al poder de Hitler.

La obra frecuentemente hace referencias a obras de Shakespeare y otros escritores para profundizar su mensaje didáctico. Para resaltar la maldad del ascenso al poder de Ui, tanto en la introducción como en la escena 14, tiene puntos de contacto con la obra *Ricardo III* de Shakespeare, en la cual el personaje es visitado por los fantasmas de sus víctimas, tal como le sucede a Ricardo.

Bertolt Brecht

La resistible ascensión de Arturo Ui

ePub r1.0

Titivillus 17.02.2020

Título original: *Der aufhaltsame Aufstieg des Arturo Ui*

Bertolt Brecht, 1941

Traducción: Camilo José Cela

Diseño de cubierta: lgonzalezp

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

La resistible ascensión de Arturo Ui

Prólogo

Primer acto

I

II

III

V

VI

VII

VIII

IX

Segundo acto

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

Epílogo

Sobre el autor

Notas

PRÓLOGO

EL PREGONERO:

Señoras y caballeros,
muy respetable reunión:
tengo el gusto de anunciarles
que va a empezar la función.
(¡Que se calle aquél del fondo!
Aquel gamberro, ¡chitón!
Y la enana del sombrero,
que deje ver, por favor.)
Vamos a representarles
una historia de terror:
las hazañas de los gángsters
contadas al pormenor.
Del asunto escandaloso
de una turbia subvención,
les daremos al momento
cumplida revelación.
También les enseñaremos
entera la confesión
de Dogbrú y el testamento
que con su mano firmó.
Verán, mientras todo baja,
de Arturo Ui la ascensión.
Y verán cómo rebota
la falaz acusación
del proceso del incendio,
la tea que lo prendió
y un considerable lío
que no lo entiende ni Dios.
La bien planeada muerte

en la que el muerto es Dullfót,
y la justicia rodando
por una pendiente atroz.
La familia de los gángsters.
La muerte de Ernesto Rom.
Y como final de fiesta,
como apoteosis de horror,
verán la ciudad de Cícero
en manos de quién cayó:
en manos de los bandidos,
¡la madre que los parió!
Verán, interpretados por muy grandes farsantes,
los héroes más ilustres del mundo de los gángsters;
los gángsters muertos, los supervivientes,
los accidentales y los permanentes,
los que así nacieron
y los que se hicieron
tras mil vagas e inciertas, fieras vicisitudes
como este viejo Dogbrú, modelo de virtudes.

(Aparece el viejo Dogbrú.)

El alma tiene negra, tiene el pelo canoso.
¡Acércate y saluda, anciano cochambroso!

(El viejo Dogbrú saluda y se retira.)

También verán aquí, ¡miren por dónde asoma!,
un nuevo personaje (*Gívola acaba de aparecer*): el florista Gívola.
Dicen que antes se alcanza a un mentiroso;
por muy listo que sea, que a otro cojo.
¡Fíjense cómo anda este asqueroso!

(Gívola se retira cojeando.)

¡Es el turno de Enmanuel Goro, payaso esteta!
¡Acércate sin miedo, déjanos ver tu jeta!

(Goro se adelanta y saluda con la mano.)

Uno de los más grandes y serios asesinos.
¡Lárgate!

(Goro se retira con aire ofendido.)

Y aquí, ¡oh curiosidad!, está el divino,
el gángster de los gángsters, el célebre y famoso,
el azote que cualquier dios del cielo furioso,
nos envió en castigo de nuestras felonías,
y crímenes y errores y viles cobardías.

(Ui aparece y avanza ante las candilejas.)

¿Cómo no pensar en el rey Ricardo III?
¡Nunca, desde los tiempos de Láncaster y Tudor,
había visto nadie reunido tanto fuego
en una sola historia de muerte y de dolor!
Señoras y caballeros,
muy respetable reunión:
vistas ya las circunstancias,
que son de gran excepción,
les anuncio que, por orden
de nuestra alta dirección,
nada hemos escatimado
en la representación.
Todo será interpretado
con muy buena aplicación,
según el trágico estilo
que requiere la función.
No vamos a ofrecerles ninguna nueva farsa
y daremos de lado al papel del comparsa.
No es la farsa inventada,
la farsa imaginada,
ni la farsa expurgada.
Lo que les ofrecernos es ya bien conocido:
el drama de los gángsters según lo hemos vivido.

PRIMER ACTO

I

En Chicago, en el barrio comercial. Entran cinco dirigentes del trust de la coliflor.

CLARK:

Chicago parece
una solterona
que cada mañana,
no más amanece,
sale con desgana
a comprar la leche.
Tiene los bolsillos
agujereados:
se le caen los cuartos
por todos los lados.

CARUTHER:

La flota de las verduras
viene por los Grandes Lagos
a surtir a la ciudad.
Las jornadas son muy duras;
no se ve por ningún lado
gente que quiera comprar.

BUTCHER:

La noche cae tras el día,
pero cayó muy deprisa.
¡Nadie lo adivinaría!

CARUTHER:

Ya se liquidan los muebles,

¡nadie lo puede creer!,
en las casas de los Clive,
los Adams y lo Robbér.

FLAKE:
El garaje Havelóck ha despedido
a todo el mundo. ¡No tiene sentido!

CARUTHER:
¿Qué pasa con Sheet?

FLAKE:
Va de banco en banco
y no tiene tiempo ni para venir.

CLARK:
¿Sheet de banco en banco
pidiendo dinero?
Quisiera decirlo
con pocas palabras
y en muy baja voz:
la ciudad se acaba,
la ciudad se cierra
a la coliflor.

BUTCHER:
¡Animo, señores!
¡Presencia y valor!
¡Mientras haya vida,
siempre habrá esperanza!
¡Tocaos los pulsos,
palpaos la panza!

CARUTHER:
Vivir y no morir son ya dos cosas.

BUTCHER:
En el negocio de alimentación,

la base aguanta por obligación.
Se trata de llenar cuatro millones
de estómagos y aquí no hay cojones.
Con crisis o sin ella, con frío o con calor,
¡nosotros venderemos toda la coliflor!

CARUTHER:
¿Cómo están los tenderos?

FLAKE:
¡Van de mal en peor!
Alguno se decide,
compra una coliflor
y la deja al fiado.
¡Madre que lo parió!

CLARK:
¡Está todo pudriéndose en las cajas!

FLAKE:
¡Dejémonos de hablar de zarandajas!
En el pasillo espera un vil tipejo
ruín, delgado, más joven que viejo
que atiende por Arturo Ui.

CLARK:
¿El gángster?

FLAKE:
Sí.
Husmeando el fiambre busca nuestro contacto.
Tiene un lugarteniente, de nombre Ernesto Roma,
que concibió un proyecto que no es ninguna broma.
Dice que muy bien sabe la fórmula del pacto
con todos los fruteros y con los verduleros:
les explicará que es malo para la salud
gastarse los cuartos en un ataúd.
Es más saludable comprar coliflores,

que ir al propio entierro cubierto de flores.

BUTCHER:

¡Qué gran caradura tiene el hijo puta!

CARUTHER:

¡No está mal este invento, qué puñeta!

¡Miel sobre hojuelas: bombas, metralleta!

¡Por fin un buen chorro de sangre joven, bien podría
recebar nuestras arcas que están más que vacías!

¡Que sepan todos que no nos dormimos!

¡Arturo nos ofrece sus servicios!

Ahora hay que decidir cuál es la solución:

¡o Arturo o el Ejército de Salvación!

¿Cuál de los dos dará la mejor sopa?

¡Hay que saber nadar y guardar la ropa!

CLARK:

En casa de Arturo la sopa estará más caliente.

BUTCHER:

¡Echadlo fuera!

CARUTHER:

Con trato gentil.

¡Cualquiera sabe nuestro porvenir!

FLAKE (*a Butcher*):

¿Qué pasa con la recomendación
de Dogbrú para la subvención
municipal?

¿Cómo está la cuestión?

¿Bien o mal?

(*A los otros.*)

Veamos: Butcher y yo hemos tramado
un truco por salir de este cuidado.

No nos sobra el dinero, mas nuestro pensamiento
—como fue nuestra norma siempre en todo momento—
es pagar los impuestos al Ayuntamiento.

¿Por qué el Ayuntamiento no nos saca de apuros
con un saco de duros?

¿Por qué el Ayuntamiento no da una subvención
para construir un muelle? La palabra de honor
dejamos empeñada. Y así la coliflor
bajaría su precio de cara al comprador.

(Si se abarata el transporte,
se abaratará su importe.)

El abuelito Dogbrú, que es hombre de influencia,
podría conseguirlo. ¿Conocéis su respuesta?

BUTCHER:

Dice que no quiere saber nada de todo esto.

FLAKE:

¿No quiere saber nada? ¡Santo Dios!
El primer candidato de la lista
electoral del barrio de los muelles,
¿y dice que no quiere saber nada?

CARUTHER:

¡En las elecciones siempre le he apoyado,
y ahora le tiene todo sin cuidado!
¡Viejo bribón,
que, antes de meterse en la política,
de nuestro pan comió!
¿Qué quieres que te diga de ese turbio animal?
¡La crisis del dinero es crisis de moral!

FLAKE:

¿Y cómo se disculpa?

BUTCHER:

Dice que no le gusta,
que es un asunto sucio.

FLAKE:

¿De qué suciedad habla este anciano fantasma?

El construir un muelle es idea excelente,
habrá mano de obra y ganará la gente
su pan y su trabajo.
¡Que se vaya al carajo!

BUTCHER:
Dice que no cree que lo construyamos.

FLAKE:
¿Cómo? ¡Es vergonzoso!

BUTCHER:
¿Que no queramos construirlo?

FLAKE:
No, que él lo dude.

CLARK:
En eso caso, busca a cualquier otro
que se sienta capaz de arreglarnos el préstamo.

CARUTHER:
Tú lo encontrarás.

BUTCHER:
No me siento con fuerzas
para hallar uno que valga tanto como Dogbrú.
CLARK: ¿Para qué?

BUTCHER:
Para conseguir la subvención.
El pobre hombre es honrado
y aún mucho más: tenido por honrado.

FLAKE:
¡Dogbrú es un flan!

BUTCHER:

¡Lógico! ¡El piensa en su reputación!

FLAKE:

¿Lógico?

Lo que necesitamos es una subvención municipal; lo que se piense de él, a él le concierne.

BUTCHER:

¿Tú crees?

Yo pienso lo contrario:

yo pienso que a nosotros es a quienes atañe.

Un crédito no puede conseguirse

sin responder preguntas muy embarazosas.

Nosotros no podemos conseguirlo,

pero sí un hombre honrado

a quien diera vergüenza reclamarle las pruebas

y los libros de cuentas

¡él es ese hombre honrado!

¡Él es el mirlo blanco

capaz de cocinarlo!

Yo os aseguro que ese hombre vale lo que pesa en oro.

Y todavía más, si se quieren construir los muelles sin hacer las obras demasiado aprisa.

FLAKE:

Admitamos que vale lo que pesa en oro.

Bien: mas no olvidemos

que Dogbrú no quiere nada con nosotros.

CLARK:

En el fondo de su corazón, no es de los nuestros.

¿Qué le importa la coliflor? ¿Qué le importan los fletes?

Desde hace diecinueve o veinte años,

nutre con nuestros cuartos su fondo electoral.

Y en todo ese tiempo, debéis enteraros,

ni ha visto una coliflor más que en el plato

ni ha puesto los pies en un solo almacén.

BUTCHER:

¡Sí, señor! ¡Muy bien dicho!

CLARK:

¡Que se vaya al diablo!

BUTCHER:

¿Al diablo? ¡Estáis locos!

¡Con quien debe venir es con nosotros!

FLAKE:

¿Cómo con nosotros? Clark ha dicho muy bien que no quiere saber nada de nada.

BUTCHER:

Pero también ha dicho la razón del porqué.

CLARK:

¡Ese hombre no sabe lo que es bueno!

BUTCHER:

¡Eso es! ¿Qué le falta? Pues bien, debéis saberlo.

Dogbrú desconoce lo que en nuestra piel

se siente. El problema es meterlo

en nuestra propia piel. ¿Qué debemos hacerle?

¿Qué sería de Dogbrú si nuestro amigo

Sheet le regalara sus acciones de la compañía

de transportes? Apuesto a que la cosa

ya cambiaba.

Aparece un cartel: «1929-1932. La crisis mundial afecta especialmente a Alemania. Los grandes terratenientes del Este tratan de forzar los créditos del Estado. La operación se retrasa^[1]».

II

Plaza de las verduras. Flake y Sheet conversan.

SHEET:

Voy de la Ceca a la Meca,
voy de Caifás a Pilatos.
Pilatos está en el baño,
Caifás se fue de viaje
sin el menor disimulo,
y a los mejores amigos
uno sólo les ve el culo.

FLAKE:
¿Y mi propuesta?

SHEET:
¿De vender? No interesa.
Todos queréis que sólo por la propina
os sirvan de comer y encima os den las gracias.

FLAKE:
En ninguna otra parte te darán más.

SHEET:
¡Lo sé! De mis amigos
no lograré un ochavo más que de los demás.
¡De eso estoy seguro!

FLAKE:
El dinero está caro en estos tiempos.

SHEET:
¡Muy caro! Sobre todo
para quien lo precisa.

FLAKE:
La empresa de los Transportes
se te va de las manos.
Si vendieras...

SHEET:
Quizá ganara un año.

Pero, ¿puedo saber
para qué queréis mi empresa?

FLAKE:
Pareces olvidar que el trust quiere ayudarte.

SHEET:
¡Jamás pude pensarlo!
¡Mira tú que no haberme dado cuenta
de que queréis ayudarme
en vez de desplumarme!

FLAKE:
Esa acritud que demuestras,
esa actitud en contra del mundo entero,
jamás te ayudará a salir del agujero.

SHEET:
¡Pero, por lo menos,
tampoco ayudará al agujero a tragarme!

Pasan caminando con lentitud el gángster Arturo Ui y su lugarteniente Ernesto Roma en compañía de sus gorilas. Al pasar, Ui mira a Flake como esperando a que éste le dirija la palabra. Al irse, Roma lo mira con enojo.

SHEET:
¿Quién es?

FLAKE:
Arturo Ui, el gángster. ¿Qué dices de vender?

SHEET:
Parecía deseoso de hablarte.

FLAKE *(con risa nerviosa)*:
¡Sin duda! Ese tipo nos asedia.
con sus propuestas para vender la coliflor
revólver en mano.
Se encuentran hoy en día

muchos tipos parecidos a Arturo Ui.
Cubren nuestra ciudad como una lepra.
¡Nadie sabe de dónde salieron!
Esos robos, esos raptos y extorsiones,
esos chantajes y crímenes,
esos «¡Alto! ¡Arriba las manos!», esos «¡Sálvese
quien pueda!».
¡Habría que emplear el hierro al rojo!

SHEET (*mirándole fijamente*):
¡Y cuánto antes! ¡El mal es contagioso!

FLAKE:
Bien. ¿Y si vendieras?

SHEET (*retrocediendo para observarlo*):
¡Sí!
Tienes un cierto aire de familia
(quiero decir: con ésos que acaban de pasar),
un cierto parecido
quizá no muy definido...
Repítelo de nuevo: «Bien. ¿Y si vendieras?».
Yo creo que incluso se parece la voz.
No.
Mejor ordena: «¡Arriba las manos!».
¡Eso es lo que quieres decirme!
(*Levanta las manos.*)
Ya están levantadas.
¡Quédate con mi Compañía de Transportes!
En pago, dame una o dos patadas.
Patéame dos veces: es precio más honrado.

FLAKE:
Amigo mío, ¡estás loco!

SHEET:
No. ¡Pero bien me gustaría estarlo!

III

Restaurante de Dogbrú. Entran Butcher y Flake.

DOGBRU:

No insistáis más, es inútil.
No podéis contar conmigo
para un negocio torcido.
¡Huele a pescado podrido! No acepto.

EL JOVEN DOGBRU:

Mi padre dice que no acepta.

BUTCHER (*sin prestar atención al joven Dogbrú*):

Deja de pensar en eso,
abuelo,
y respóndenos bien claro:
¿dices que no? ¡Asunto terminado!

DOGBRU:

Es un negocio tortuoso.
¡Se sabe demasiado de esas historias de muelles!
No, ¡yo, no!

EL JOVEN DOGBRU:

No, ¡él, no!

BUTCHER:

Bien: en ese caso, olvídalo.

DOGBRU:

Preferiría no veros por mal camino.
El presupuesto municipal
no es un abrevadero comunal
en el que cada cual
pueda sacar la panza de mal año.
¡Vuestro negocio está sano!

BUTCHER:

¿No te lo dije, Flake?:
¿por qué ver todo tan negro?

DOGBRU:

Muchachos, quien ve todo tan negro es un traidor.
Veamos. ¿Qué vendéis? Coliflores.
Es como si vendiérais carne o pan,
y el hombre necesita carne, verdura y pan.
¡Un poco de firmeza, muchachos!

FLAKE:

Nos hace mucho bien escucharte, Dogbrú.
¡Nos levantas un poco el ánimo encogido!

BUTCHER:

Debo decirte paladinamente
que sin alguna idea no vinimos a verte.
No, no es lo que tú piensas.
Aquello, viejo, está ya liquidado.
Lo que te proponemos es mucho más amable,
mucho más razonable y agradable.
Dogbrú, el trust no es ciego, sino sentimental
—quizá fuera mejor decir agradecido—
y el trust se ha dado cuenta de que en el mes de junio
se cumplen veinte años de aquel lejano instante
en que, cansado de regir nuestra cantina,
te despediste de nosotros, tus amigos de siempre,
para dedicarte en cuerpo y alma al bien de la ciudad.
Sin ti nuestra ciudad no sería la misma
y, corriendo su suerte,
tampoco el trust hubiera sido el mismo.
Ayer hemos resuelto
marcar con piedra blanca este momento
histórico y glorioso.
En testimonio de nuestro respeto,
te ofrecemos por sólo veinte mil dólares
(menos de la mitad de su valor real)

el cincuenta y uno por ciento de las acciones de Sheet.

DOGBRU:

Butcher y Flake, decidme,
¿qué ocultáis debajo de todo esto?

BUTCHER:

Nada. ¿Qué puede haber?
Nada, sino una simple proposición.

FLAKE:

Tú eres la viva imagen del ciudadano honrado,
tu nombre es el proverbial sinónimo del honor.
Pese a todo,
no eres más rico que cualquiera de tus clientes.
¡Dinos si no es esto turbador!

DOGBRU:

¡No sé lo que deciros!

BUTCHER:

No digas nada, entonces, pero guarda el paquete.
Piensa en tu hijo;
suele decirse que un nombre respetado vale más
que una cuenta corriente.
Él no habrá de negarse. ¡Acepta!
No vas a sonrojarnos por tan poco.

DOGBRU:

¡La empresa de Sheet!
Es turbio todo esto. Conozco esas ofertas.
¡No las quiero!

EL JOVEN DOGBRU:

Mi padre dice que no las quiere.

FLAKE:

Una casa junto al lago merecería tu padre para su vejez.
Toma nota de eso.

DOGBRU:

Una casa junto al lago...

FLAKE:

El dueño de una naviera bien podría tenerla.

BUTCHER:

Sí, es eso lo que le correspondería.

DOGBRU (*hacia la ventana*):

Ha sido mi paisaje durante veinte años.

FLAKE:

En eso hemos pensado.

DOGBRU:

Es un asunto que merece reflexión. Muchacho, esto también sería algo tuyo.

Y ahora, ¿qué hará Sheet?

FLAKE:

Se meterá en negocios de cerveza.

BUTCHER:

¿Cerramos el trato?

DUGBRU:

Dejemos aparte la casa del lago;

jamás una naviera se regala.

¿Cuál es la otra cara del asunto?

FLAKE:

Es cierto lo que dices; es un poco verdad lo que supones.

Imagínate que esos veinte mil dólares lleguen para nosotros en un buen momento, sobre todo tras el fracaso del préstamo.

BUTCHER:

Imagínate también que no queramos

vender nuestras acciones precisamente ahora.

DOGBRU:

Eso me gusta más.

No sería mal asunto de no mediar algunas condiciones.

FLAKE:

¿Condiciones? Ninguna.

DOGBRU:

Bien. ¿Dijísteis veinte mil?

FLAKE:

¿Te parece demasiado caro?

DOGBRU:

No; caro no me parece. Sería la misma naviera en la que yo fui simple cantinero.

Si me prometiésteis que no hay gato encerrado...

¿De verdad habéis dejado el préstamo de lado?

FLAKE:

¡Puedes creernos sin reservas!

DOGBRU:

Hasta aquí llega el rumor de los álamos por la noche

¿Lo ves, hijo? La honradez, de cuando en cuando, también tiene su premio (*a Flake y Butcher*).

Tenéis razón, habéis hablado con mucho sentido:

cuando yo muera,

este muchacho no heredará más que un nombre respetado.

¡Y quién acepta eso como pago!

¡He visto nacer tantos males de la necesidad!

BUTCHER:

Descargarás nuestros corazones de un gran peso cuando nos digas que sí.

Entonces escucharíamos tu consejo prudente.

Tú nos señalarás el camino decente
de salvar estos malos momentos.
Tu interés será nuestro interés.
Tus negocios serán nuestros negocios.
porque serás uno de los reyes de la coliflor.
¿No es cierto?

DOGBRU (*estrechándole la mano*):
¡Sí que lo es!
Flake y Butcher, ¡os digo que sí!

EL JOVEN DOGBRU:
¡Mi padre ha dicho que sí!

Aparece un cartel: «Agobiados por la dificultad, los terratenientes del Este regalan una finca al presidente Hindenburg para recabar su apoyo».

IV

Guarida del gang.

ROMA:
Me gustaría verte liberado
de esa negrura, esa melancolía,
ese ensueño inactivo, abandonado,
en el que no haces nada. Cada día
repite la ciudad la letanía
de que el gran jefe Arturo está acabado.
¡Enséñale de nuevo a esa jauría
tu corazón de acero bien templado!

UI:
No merece la pena. La memoria
de la ciudad es flaca, olvidadiza,
y los instantes de violenta gloria
muy pronto se convierten en ceniza.
¡Si se calla el revólver,
enmudece el repórter!
¡Si duerme el pistolero,
duerme el gacetillero

y aunque pongas los muertos
nadie los da por ciertos!
¡Ya no cuentan los hechos,
sino las influencias!
¡No merece la pena
seguir con las pependencias!
Pienso que, en vez de luchar,
es mejor abandonar.

ROMA:

Los muchachos adoptan actitudes de chulo
cuando bajan los fondos del reparto.
Jamás el ocio fue buen consejero
y un hombre acaba por volverse loco
de tirar sólo al blanco y no sobre otro hombre.
Me da vergüenza ir al cuartel general;
se me parte el corazón sólo de verlos
y no puedo mirarlos a la cara.
Se me hace un nudo y se me seca la garganta
cuando debo decirles: «¡Animo, que mañana comenzamos!».
Tu plan sobre el gremio de los verduleros
era prometedor. ¿Por qué no nos lanzamos?

UI:

¡No, todavía no! ¡Y menos desde abajo!

ROMA:

El pequeño incidente con la bofia del banco,
no acabas de digerirlo.

UI:

¡Pero, hombre! ¡Es que ellos dispararon!

ROMA:

¡Únicamente al aire!

UI:

¡Me libré por un pelo!

Sin los dos testigos, ahora estaría pudriéndome en la trena.
Dime, ¿y los magistrados? ¡Qué tipos!
¡Ni un solo celemín de comprensión ni de piedad!

ROMA:

La bofia dispara por asaltar bancos,
y no por asuntos de verduras, Arturo.
Pero aquí viene Ragg, el reportero del Star.
¡Hola, Ted!

RAGG (*algo bebido*):

¡Hola, Roma! ¡Hola, Ui! ¡Hola a todos!
¿Qué hay de nuevo por Capua?

UI:

¿Qué quieres decir?

RAGG:

No, nada; no quiero decir nada de nada.
Capua fue un hermoso lugar en que, en los tiempos antiguos,
se hundió un ejército sin combatir siquiera:
el ocio, la molicie, la falta de ejercicio...

UI:

¡Así el diablo te lleve!

ROMA (*a Ragg*):

¡No discutáis aquí! Háblanos de ese crédito
al trust de la coliflor, Ted.

RAGG:

¿Y a vosotros qué os importa?
¿Os dedicáis ahora a la coliflor?
¡Ah, ya caigo! ¡Querríais que os diesen también un crédito!
¡Hablad con Dogbrú! Él puede conseguirlo.

(*Imitando al viejo.*)

«¿Podemos tolerar que un sector del comercio, sano en el fondo, aunque
hoy un poco seco, pueda morir?».

En el Ayuntamiento, todos tendrán los ojos húmedos
y reaccionarán en pro de la coliflor
como si fuera carne de su carne,
pero por el revólver, ¡ay, Arturo!...

ROMA:
No lo provoques más. ¿No ves que está lunático?

RAGG:
Lo creo a pies juntillas.
Según me han dicho,
Gívola fue a pedirle trabajo a Al Capone.

NINI:
¡Mentira! ¡Deja en paz a Giuseppe!

RAGG:
¡Niní Flor de los Muelles!
¿Qué? ¿Sigues siendo la querida de José Pataloca?
He aquí el cuarto ratón
(que no es ya ningún bombón)
de aquel sargento tercero
(hoy te quiero, hoy no te quiero)
de una estrella declinante
(miradlo atrás y adelante)
de segunda magnitud
(¡tururú!).
¡Ay, qué trágico destino:
Niní, su amor y su vino!

NINI:
¡Cerradle el pico!

RAGG:
La gloria de los gángsters no dura más que un día.
El pueblo es inconstante, voluble, tornadizo,
y dirige sus ojos al nuevo vencedor.
Pronto el polvo recubre toda la valentía

del héroe que termina en triste perdedor.

UI (*rugiendo*):
¡Tapadle la boca!

RAGG:
¡Cuidado! ¡Más consideración con la Prensa, Ui!

ROMA:
¡Ted, vuélvete a tu casa!
Hablas demasiado.
¡Lárgate! ¡Aprisa!

RAGG:
¡Hasta la próxima!

ROMA:
¡Estás nervioso, Arturo!

UI:
Estos tipos me tratan peor que a una basura.

ROMA:
¿Por qué? Sólo porque no sales de tu silencio,
¡eso es todo!
¿Qué dices a esto, Arturo?
Debemos empezar por la calle 11,
un adoquín contra los cristales,
petróleo sobre las coliflores y
todo el mobiliario hecho pedazos alimentando el fuego.
Así seguiremos hasta la calle siete.
Uno o dos días más tarde, con su clavel en el ojal,
Goro visita a los verduleros y
les promete protección tan sólo al diez por ciento.

UI:
No, quien necesita protección soy yo.
Debo protegerme de la Policía y la justicia

antes de ofrecer protección a los demás.
No. ¡Hay que apuntar a la cabeza!

ROMA:
¡Planes, más planes! ¡Siempre planes!
¡Bah! ¡Tímidos ensayos!
La visita del trust te ha roto los resortes,
te destempló los nervios.

UI:
Mientras no me haya metido al juez en el bolsillo,
dejando en los suyos algo de mi dinero,
estaré sin derechos.

UI:
¿Dónde está Goro?
¿Qué hace con ese segundón del trust de las legumbres?

ROMA:
Dijo que a las tres de la tarde lo traería por aquí.

UI:
¿Y qué maquina Gívola con Capone?
Ese cerdo
huye como un conejo al primer contratiempo,
te lo juro.
¡Le ajustaré las cuentas en cuanto salga a flote!

ROMA:
¡Mira! ¡Ahí está Goro!

(Entra Goro en compañía de Bowl, una verdadera piltrafa humana.)

GORO:
¡Aquí está el hombre, jefe!

ROMA *(a Bowl)*:
¿Con que tú eres el brazo derecho de Sheet,
en el trust de la coliflor?

BOWL:

Lo fui, jefe, hasta hace
una semana. Hasta que ese Dogbrú...

UI:

Ese Dogbrú, ¿qué?

ROMA:

Responde. Ese Dogbrú, ¿qué?

BOWL:

Dogbrú me ha echado a la calle.

ROMA:

¿De dónde? ¿De la empresa de Sheet?

BOWL:

De la suya. Es suya desde primeros de septiembre.

ROMA:

¿Cómo?

GORO:

Como lo oyes.

La casa Sheet, la Compañía de Transportes
de los Grandes Lagos,
es toda ella de Dogbrú.

Butcher, el del trust,
transfirió la mayoría de las acciones al viejo.

BOWL:

¡Un escándalo que clama a los cielos!

GORO:

Jefe, ¿te das cuenta de lo que pasa?

BOWL:

¡Dogbrú proponiendo ese gran préstamo de la ciudad

para el trust de la coliflor!

GORO:

¡Y él, entre bastidores,
forma parte del trust!

UI (*empezando a entender*):

¡Todo está corrompido!
¡Santo Dios! ¡Nuestro Dogbrú está untado de mierda!

BOWL:

El préstamo fue a parar a las arcas del trust
dando un rodeo por la compañía de transportes.
El préstamo pasó por mi mano.
Yo firmé en nombre de Dogbrú:
no en nombre de Sheet, como cree la gente.

GORO:

¡Eso es un verdadero trueno!
¡Dogbrú, ese viejo estandarte,
ese irreprochable estrechador de manos,
y su res-pon-sa-bi-li-dad!
¡Ese anciano incorruptible, incapaz de mancharse!

BOWL:

¡Me las pagará!
Esa indelicadeza de echarme por malversación... ¡y él mismo!

UI (*a Bowl*):

¿Estás dispuesto a jurar lo que has dicho?

CORO:

¡Sin duda alguna!

UI:

¡No perdedlo de vista!
¡Vamos, Roma! ¡Ahora sí que ya huelo el gran negocio!

CORO:

Bowl, creo que has puesto el mecanismo en marcha.

BOWL:

Y de lo mío, ¿qué?

CORO:

No te preocupes, ¡conozco al jefe!

Aparece un cartel: «Durante el otoño de 1932, el partido y la milicia de Adolfo Hitler están a pique de la desbandada. Hitler hace desesperados esfuerzos por alcanzar el poder, pero no consigue ser recibido por Hindenburg».

V

En la casa de campo de Dogbrú, éste y su hijo.

DOGBRU:

Debí haber rechazado esta casa de campo.

Aceptar que casi me regalaran el paquete de acciones puede ser, en cierto modo, irreproachable.

EL JOVEN DOGBRU:

¡Absolutamente irreproachable!

DOGBRU:

Tampoco estuvo mal

interceder en pro de la concesión del crédito,

sabiendo por experiencia

que un sector floreciente estaba en decadencia.

Pero cuando, a la vista de todo el mundo,

especulé con la compañía de transportes

y acepté la casa antes de haber hablado,

me equivoqué. ¡Ese fue mi pecado!

EL JOVEN DOGBRU:

Sí, padre.

DOGBRU:

Sí, fue un pecado (o podría pensarse que lo era).
¡Ay, hijo! ¡Jamás debí aceptar el regalo de esta casa!

EL JOVEN DOGBRU:
Sí, padre.

DOGBRU:
Me gustaron los álamos de esta finca...
y el lago, que parece de plata con la que todavía
no se acuñó moneda...
No flotaba en el aire ni el más mínimo hedor a cerveza...
Los álamos fueron lo definitivo...
Sí, ¡los álamos!
Hoy es domingo.
¡Qué dulce sonaría el tañido de las campanas
de no haber entre los hombres tanto mal!

EL JOVEN DOGBRU:
Sí, padre.

DOGBRU:
¡Ahora estamos pillados en la trampa, hijo mío!
El paquete de acciones fue la tapa
que dan en la taberna con el vaso de vino;
la dan de balde
y mata el hambre,
pero al cliente
le entra la sed.

EL CRIADO:
El señor Butcher, del trust de la coliflor, al teléfono.

DOGBRU:
Contéstale tú, hijo.
(Salen el joven Dogbrú y el criado.)
¿Para qué me querrá?

EL JOVEN DOGBRU *(entrando)*:

Padre,
Butcher dice que anoche, en el Ayuntamiento,
reclamaron una investigación
sobre el estado de las obras de los muelles
del trust de la coliflor.
Padre, ¿te encuentras mal?

DOGBRU:
¡El alcanfor, hijo, dame el alcanfor!

EL JOVEN DOGBRU:
Aquí lo tienes.

DOGBRU:
¿Y qué hará Butcher ahora?

EL JOVEN DOGBRU:
Venir aquí.

DOGBRU:
¿Venir? ¡No quiero verlo!
No me siento bien, el corazón...
(Se incorpora majestuosamente.)
Y, además,
no tengo nada que ver con todo eso.
Durante sesenta años, mi sendero
ha sido rectilíneo. ¡Lo sabe la ciudad!
¡Nada tengo que ver con esas turbias maniobras!

EL JOVEN DOGBRU:
Lo sé bien, padre. ¿Estás mejor?

EL CRIADO *(entrando)*:
Un tal señor Ui
espera en el pasillo.

DOGBRU:
¿El gángster?

EL CRIADO:

Sí, el gángster.

DOGBRU:

¡A la calle! ¡Que lo echen a la calle!

¿Quién se atreve a enviarlo?

EL CRIADO:

Dice que le envía el señor Clark.

DOGBRU:

¿Clark? ¡Que se lo lleve el diablo!

¡Acosarme a mí con un gángster! Voy a...

(Entran Ui y Roma.)

UI:

Mi querido señor Dogbrú...

DOGBRU:

¡Fuera!

ROMA:

¡Calma, calma!

No nos pongamos nerviosos. Hoy es domingo.

DOGBRU:

¡Fuera he dicho!

EL JOVEN DOGBRU:

¡Fuera ha dicho mi padre!

ROMA:

Que lo repita, si quiere. ¡No será nada original!

UI (*imperturbable*):

Señor Dogbrú...

DOGBRU:

¿Dónde están los criados?

¡Vete a avisar a la Policía!

ROMA:

Estate quieto, mozo. Tal vez en el pasillo
podrías encontrarte con algún que otro pillo
que no atiende a razones.

DOGBRU:

¿Así que, con violencia?

ROMA:

No, mi querido amigo:
tan sólo con un poco
de insistencia.

(Pausa.)

UI:

Señor, sé bien que usted no me conoce;
o me conoce por mi reputación,
lo que es peor.
Sí, señor Dogbrú, tiene usted ante sus ojos
a un pobre desconocido difamado por los envidiosos.
Cuando hace ya catorce años dejé el arrabal
donde nací, me vine a la ciudad
a triunfar.
Debo reconocer que no me fue tan mal.
Creo poder decirlo con orgullo:
contaba sólo con siete hombres duros,
faltos de todo,
pero dispuestos a coger al toro
por los cuernos.
¡Estábamos decididos, mis siete hombres y yo,
a cortar un pedazo de la vaca que Dios
para todos creó!
Ahora somos ya treinta
y vendrán muchos otros.
Se podrá usted preguntar,
«¿Qué es lo que querrá de mí?».

Yo quiero bien poca cosa:
que me conozca primero,
que me conozca mejor.
No soy un filibustero,
tampoco un aventurero
ni cualquier cosa peor.
Al menos, no quiero serlo a los ojos de la Policía
(que tiene todos mis respetos).
Aunque no me gusta pedir favores,
estoy aquí ante usted para rogarle
que diga un par de palabras a la bofia,
si llega la ocasión.

DOGBRU (*incrédulo*):
En definitiva, ¿que le garantice?

UI:
Sólo si llega la ocasión de hacerlo.
Todo depende de cómo vaya nuestro trato con los verduleros.

DOGBRU:
¿Qué tiene usted que ver con ese negocio?

UI:
A eso iba. Ya he tomado la decisión
de ser su protector
contra cualquier amenaza.
Por la fuerza,
de ser preciso
recurrir a la fuerza.

DOGBRU:
Que yo sepa,
no están amenazados hasta ese extremo.

UI:
Admito que no de momento,
eso es cierto.

Pero yo voy más lejos,
y me pregunto:
¿hasta qué punto?
¿Durante cuánto tiempo podrán los verduleros
vender las coliflores sin perder sus dineros?
El verdulero modesto es activo, pero limitado,
carece de visión de conjunto y es honrado,
pero, por lo común, desea ser mandado.
Ante el trust no se siente responsable
y al trust le debe todo. ¡Es lamentable!
Señor Dogbrú, he ahí mi misión:
proteger los intereses
del trust de la coliflor.
¡Desterremos los malos pagadores!
¡O pagan o ya no hay más coliflores!
Los débiles sucumben,
¡es la ley natural!,
y los supervivientes
nos tendrán que pagar.
El trust de la coliflor
necesita de mí.
¡Cómo hay Dios, que es así!

DOGBRU:

¿Qué tengo yo que ver con el trust?
Quiero decirle, joven, que se equivoca usted
al llamar a mi puerta
con su disparatado plan.

UI:

De eso ya hablaremos. ¿Sabe lo que necesita?
¡Unos brazos al servicio del trust!
Treinta mozos robustos
y yo de jefe.

DOGBRU:

No lo sé.
¡No pertenezco al trust!

UI:

(Ya volveremos sobre eso.)

Usted se podrá decir: «Si entran en el trust

treinta muchachos armados,

¿quién nos protegerá,

en caso de accidente?».

La respuesta es bien sencilla: «Como en todas partes,

el que paga, manda».

¿Quién reparte los sueldos? ¡Usted mismo!

¿Qué podría hacer yo contra usted, aunque quisiera?

¡Si usted supiera que ya algunos me abandonan!

Sólo me quedan veinte, ¡si es que llegan!

Si no me salva usted,

sin duda estoy perdido.

Como hombre, debe usted ayudarme

contra mis enemigos.

Como hombre le hablo.

DOGBRU:

Escuche lo que, como hombre, voy a hacer:

¡llamar a los guardias!

UI:

¿Llamar a los guardias?

DOGBRU:

Sí, ¡a la Policía!

UI:

Es decir: que, como hombre, ¿rehúsa usted ayudarme?

¡Entonces se lo exijo como criminal!

¡Usted es un criminal!

¡Voy a desenmascararlo! ¡Tengo pruebas bastantes!

¡La compañía de Sheet es ahora suya!

¡Y obró en provecho propio, al apoyar los créditos!

¡Acaba de ordenarse una investigación!

DOGBRU:

Que no tendrá lugar. Mis amigos...

UI:

¡Eso de los amigos es ya una vieja historia!

Los tuvo hasta ayer.

Hoy ya no tiene amigos

y mañana

tendrá sólo enemigos.

Si alguien puede salvarle,

ese alguien soy yo:

¡Arturo Ui!

¡Yo!

¡Sí!

DOGBRU:

¡No habrá investigación!

Nadie querrá jamás hacerme eso.

Tengo el cabello blanco...

UI:

Lo único que le queda blanco aún.

¡Animo, Dogbrú!

¡Tenga tan sólo un punto de sensatez

y déjeme salvarle! ¡Una palabra suya

y aplasto a quien trate de tocarle el pelo!

¡Dogbrú! ¡Ayúdeme, se lo ruego, una sola vez!

¡Una vez en la vida!

No puedo presentarme ante mis compañeros
sin haberme puesto de acuerdo con usted. *(Llora.)*

DOGBRU:

¡Jamás!

¡Antes de comprometerme con usted prefiero
perder mi cuerpo y hundirme en la miseria!

UI:

¡Sé bien que estoy jodido!

¡Tengo cuarenta años y sigo sin ser nadie!

¡Tiene usted que ayudarme!

DOGBRU:

¡Jamás!

¡Mientras me quede un soplo de vida,
no podrá nunca dar su protección
al trust de la coliflor!

¡Jamás!

UI:

Bien, señor Dogbrú:
yo tengo cuarenta años, y usted ochenta.
Si Dios me echa una mano,
viviré más que usted.
¡Más tarde o más temprano,
al negocio entraré!

DOGBRU:

¡Jamás!

UI:

¡Vamos, Roma! *(Salen.)*

DOGBRU:

¡Aire, aire!

¡Qué lengua tiene ese hombre! ¡Qué lengua venenosa!

¡Ah, no! ¡No!

Jamás debiera haber aceptado esta casa...
pero no se atreverán a abrir una investigación.
Si lo hacen, todo estaría perdido...
Pero no, ¡no se atreverán!

EL JOVEN DOGBRU:

¡No, padre! ¡No se atreverán!

EL CRIADO *(entrando)*:

Goodwill y Gaffles, del Ayuntamiento.
(Entran.)

GOODWILL:

¡Hola, Dogbrú!

DOGBRU:

¿Qué tal, Goodwill? ¿Qué tal, Gaffles?

¿Qué hay de nuevo?

GOODWILL:

Mucho me temo que nada bueno para ti.

¿No era Arturo Ui quien salía,
quien se cruzó en el pasillo con nosotros?

DOGBRU (*con risa forzada*):

Sí; era él mismo, en persona.

Quizá un dudoso adorno para una casa así.

GOODWILL:

¡Y tan dudoso! En fin,
no es un buen viento el que nos trae a tu casa:
se trata del crédito concedido al trust de la coliflor
para construir los muelles.

DOGBRU (*con rigidez*):

¿Qué sucede?

GAFFLES:

Alguien dijo ayer en el Ayuntamiento
(por favor, te suplico que no te encolerices)
que no está nada claro.

DOGBRU:

¿Que no está nada claro?

GOODWILL:

Mantén la calma.

La mayoría tomó muy a mal la cosa
y de milagro no llegamos a las manos.

GAFFLES:

«¿Que los contratos de Dogbrú no están claros?
¿Y la Biblia?», se gritó «¿Tampoco la Biblia está clara?». Al final, todo se convirtió casi en una apoteosis de tu persona, Dogbrú. Tus amigos pidieron inmediatamente una investigación y más de uno, al ver nuestra confianza, cambió de chaqueta y ya no quiso oír hablar más del asunto.

DOGBRU:

¿La investigación?

GOODWILL:

El investigador en nombre de la ciudad es O'Casey. Las gentes del trust de la coliflor sostienen que el préstamo se hizo directamente a Sheet y que el contrato con el constructor debió firmarlo personalmente él.

DOGBRU:

¡La compañía de Sheet!

GOODWILL:

Lo mejor sería que envíes a algún hombre honorable y de tu confianza a algún hombre imparcial y respetable y lejano a esta danza, para que ponga orden en el avispero y meta mano en este turbio nido de víboras y de sucio dinero.

DOGBRU:

Sin duda tienes razón.

GAFFLES:

Está todo arreglado, Dogbrú.

DOGBRU:

Sí, os enviaré a mi hombre.

(Salen lentamente.)

Aparece un cartel: «En enero de 1933 el presidente Hindenburg niega varias veces a Hitler el puesto de primer ministro, pero también teme la investigación sobre el escándalo de la ayuda a los grandes terratenientes del Este».

VI

En el Ayuntamiento. Butcher, Flake, Clark, Caruther. Enfrente, al lado de Dogbrú —blanco como una sábana—, están O’Casey, Gaffles y Goodwill, del Ayuntamiento. Periodistas.

BUTCHER *(en voz baja)*:

Tarda mucho.

CARUTHER:

Debe venir con Sheet
y quizá no hayan llegado a un acuerdo.
Para él, la píldora es amarga de tragar.
Tiene que cantar
la gallina y declarar
que es el único culpable.

BUTCHER:

No lo hará.

CLARK:

No tendrá más remedio.

BUTCHER:

¿Por qué va a echar sobre sus espaldas
cinco años de cárcel?

GAFFLES:

Sheet aparece muerto en un hotel.
En el bolsillo se le encontró un billete para California.

BUTCHER:

¿Sheet muerto?

O'CASEY (*leyendo*):
Asesinado.

CARUTHER:
¡Oh!

FLAKE (*en voz baja*):
No lo ha hecho él...

GAFFLES:
Dogbrú, ¿te encuentras mal?

DOGBRU (*penosamente*):
No ha sido nada, ya se me pasa.

O'CASEY:
¿Estás enfermo, Dogbrú?
¿Te falta aire?
(*A los demás.*)
Pensaba que podrían decirme
que Sheet,
además de con cien paletadas de tierra,
bien pudiera cargar ahora
con el peso de otros muertos.
Creo sospechar...

CLARK:
O'Casey, quizá fuera mejor no sospechar
demasiado; en la ciudad hay leyes
que persiguen la difamación.

O'CASEY:
Señores, la muerte de Sheet...

CLARK:
La muerte insospechada
de este desgraciado Sheet,
es un torpedo que se lanza

contra la investigación.

O'CASEY:

Aquí estoy ante ustedes,
engañado
por las falsas promesas.
Confío en que a mis preguntas no me responderán:
«Vea usted a Sheet». Según leo en el periódico,
Sheet está raramente discreto desde anoche.

CARUTHER:

¿Qué significa tanto y tanto discurso tenebroso?
Que yo sepa, Dogbrú encargó a un hombre que pusiera
los asuntos en claro. Esperen a que llegue.

O'CASEY:

Tarda ya. Pero si viene, espero
que no nos vaya a hablar sólo de Sheet.

FLAKE:

Esperemos que diga la verdad;
eso es todo.

O'CASEY:

Entonces, ¿ese hombre es honrado?
¡Tanto mejor! Sheet se murió anoche.
Quizá pueda estar todo ya dilucidado.
Espero que así sea.

(A Dogbrú.)

Quiero decir que el hombre que has elegido
sea un hombre de bien.

CLARK:

Él es el que es. Aquí está.

(Entran Arturo Ui y Roma, escoltados por sus gorilas.)

UI:

¡Hola, Clark! ¡Hola, Dogbrú! ¡Hola a todos!

CLARK:

¡Hola, Ui!

UI:

Veamos. ¿Qué quieren ustedes saber?

O'CASEY (*a Dogbrú*):

¿Ese es tu hombre?

CLARK:

Naturalmente. ¿No te parece bien elegido?

GOODWILL:

¿Qué quiere decir esto, Dogbrú?

O'CASEY (*contemplando a los guardaespaldas*):

¿Quiénes son esos hombres?

UI:

Son amigos.

O'CASEY (*a Roma*):

¿Y usted, quién es?

UI:

Ernesto Roma, mi apoderado.

GAFFLES:

¡Alto! Dogbrú, ¿es en serio?

(Dogbrú no abre la boca.)

O'CASEY:

Señor don Arturo Ui: este elocuente silencio nos hace ver que usted tiene su confianza y desea la nuestra. ¿Dónde están los contratos?

UI:

¿Qué contratos?

CLARK:

Sí; los contratos que la compañía de transportes habrá suscrito con los constructores de los muelles.

UI:

¡Yo qué sé de esos contratos!
Ni he oído hablar de ellos.

O'CASEY:

¿No?

CLARK:

¿Quiere usted decir
que ni existen siquiera?

O'CASEY:

Pero ha visto usted a Sheet, ¿no es así?

UI:

No.

CLARK:

¿Que no ha visto usted a Sheet?

UI:

¡No! Y digo que miente como un bellaco
quien pretenda decir que he visto al señor Sheet.

O'CASEY:

Creía que estaba usted encargado por Dogbrú
para examinar el asunto.

UI:

Eso es, precisamente, lo que hice.

O'CASEY:

Y el examen, señor Ui, ¿ha dado su fruto?

UI:

Señores...

No sin esfuerzo pude llegar a la verdad,
que nada tiene de agradable.

Cuando el señor Dogbrú me ordenó

que, por el bien de la ciudad,

buscase adónde había ido a parar

el dinero de todos,

es decir, los modestos ahorros de los contribuyentes

confiados a un armador de la localidad,

pude ver, con horror, que había sido malversado.

Pero aún queda otro extremo:

¿quién lo malversó?

También eso he podido establecerlo:

desgraciadamente, el culpable es...

O'CASEY:

¿Quién es?

UI:

Sheet.

O'CASEY:

¿Sheet? ¡Sheet el silencioso, a quien no vio usted nunca!

(Un silencio.)

UI:

¿A qué viene mirarme de esa forma? ¡El culpable se llama Sheet!

CLARK:

Sheet ha muerto, ¿no sabes la noticia?

UI:

¿Qué Sheet ha muerto?

Anoche estaba en Cícero y no supe nada.

Roma estaba conmigo.

(Un silencio.)

ROMA:

¡Qué curioso!

Habla de una casualidad, precisamente ahora que...

UI:

Señores: esto no es una casualidad.

¡El suicidio de Sheet es la consecuencia de su delito monstruosos!

O'CASEY:

Por desgracia,
no se trata de un suicidio.

UI:

¿Qué pudo ser, si no?

Evidentemente, anoche estaba en Cícero,
con Roma, y nada de todo esto sabemos.

Lo que sí sé

—y todos pueden verlo—

es que Sheet, un honrado industrial en apariencia,
era un gángster.

O'CASEY:

Ya veo, Ui, que ninguna palabra

le parece demasiado dura para Sheet,

quien acaba de encontrarse con algo más duro todavía.

Dogbrú, tú tienes la palabra.

DOGBRU:

¿Yo?

GAFFLES *(con vivacidad)*:

¿Dogbrú? ¿Qué quieren de él?

O'CASEY:

Queremos claridad.

Si entiendo al señor don Arturo Ui

—y creo entenderlo bien—

se trata de una compañía que recibió el dinero

y más tarde lo hizo desaparecer.

Queda un último extremo:

¿quién puede estar detrás de todo esto?

Entiendo perfectamente el nombre: la casa Sheet.

Pero, ¿qué importan los nombres?

Lo que nos interesa

no es conocer el nombre,

sino saber de quién era esa casa.

¿También era de Sheet?

Él podría decírnoslo, sin duda,

pero él ya no habla mucho desde que el señor Ui

estuvo en Cícero.

¿No cabe en lo posible que algún otro

fuera el verdadero amo cuando el desfalco

que ahora investigamos se produjo?

¿Tú qué nos dices, Dogbrú?

DOGBRU:

¿Yo?

O'CASEY:

Sí. ¿Por qué no suponer que tú estabas sentado en el sillón de Sheet

cuando el contrato —digamos el contrato que jamás se firmó—

estaba aún sin firmar?

GOODWILL:

¡O'Casey!

GAFFLES (*a O'Casey*):

¿Dogbrú? ¿Qué locura es ésta?

DOGBRU:

Yo...

O'CASEY:

Hace ya tiempo, en una memorable sesión, nos hablaste de las dificultades de la coliflor y nos dijiste que era necesaria la ayuda financiera.

Ahora quiero saber, ¿de qué manera hablaba por tu boca la experiencia?

BUTCHER:

¿Qué dices? Dense cuenta de que este hombre está enfermo.

¡Es un anciano!

FLAKE (*negando con la cabeza*):

Sus blancos cabellos debieran decirle que en absoluto puede ser culpable.

UI:

¡Calma, por favor! ¡Mantengan la calma! Un poco de orden, amigos.

GAFFLES:

¡Por el amor de Dios! ¡Habla, Dogbrú!

ROMA (*aullando*):

¡El jefe quiere silencio!

¡Cállense todos!

(*Silencio súbito.*)

UI:

Si se me permite, les diré al momento lo que me perturba ver todo este cuadro; el escandaloso, pérfido y macabro trajín que se llevan. Falta el miramiento debido a un anciano que ha sido insultado mientras sus amigos callan como muertos.

Les pregunto: ¿tiene aspecto de tramposo, de hombre que camina por el mal camino?

¿No es ya pan el pan, ni es ya vino el vino?

¡Todos nos hundimos en un hondo foso!

¡Muy bajo hemos caído, si es ahí donde estamos!

CLARK:

¡Se acusa de corrupción a un hombre respetable!

O'CASEY:

De algo más grave aún: ¡se le acusa de estafa!

¡Porque mantengo que esa oscura compañía
era ya de Dogbrú
en el momento de otorgarse el crédito!

CARUTHER:

¡Mentira!

GAFFLES:

¡Me dejaría cortar la cabeza por Dogbrú!

CARUTHER Y FLAKE:

¡Testigos! ¡Testigos!

O'CASEY:

¿Testigos? ¿Es eso lo que quieren ustedes?

Smith, ¿qué hace nuestro testigo?

¿Ha llegado?

Creo que ya está aquí.

UJIER:

El testigo Bowl.

Se acerca a la puerta y hace una señal. Todos miran. Se hace un breve silencio, tras el que se escuchan una serie de detonaciones y unos gritos. Gran desbarajuste. Los periodistas salen precipitadamente.

FLAKE:

Pero, ¿qué es lo que pasa?

CARUTHER:

¡Han rematado a tiros
a alguien que subía la escalera!

FLAKE:

¡Maldición!

BUTCHER (*a Ui*):

¿Un nuevo escándalo? Ui, esto es nuestra ruptura si fuera...

UI:

¿Si fuera qué?

O'CASEY:

¡Traigan al testigo!

(Entran los policías con un cadáver.)

¡Bowl!

Señores:

creo que mi testigo
no está ya en condiciones
de ser interrogado.

(Sale. Los policías depositan el cadáver en un rincón.)

DOGBRU:

Gaffles, sácame de aquí.

(Gaffles pasa a su lado sin contestarle y sale.)

UI (*avanzando hacia Dogbrú con la mano tendida*):

¡Felicidades, Dogbrú!

¡Yo necesito claridad!

De una o de otra manera,

¡yo necesito claridad!

Aparece un cartel: «Ante la amenaza del general von Schleicher, primer ministro del Reich, de revelar las malversaciones de los fondos de ayuda a los terratenientes del Este, Hindenburg entrega el poder a Hitler el 30 de enero de 1933. A la investigación se le dio carpetazo».

VII

(Gívola canta la canción del Blanqueo.)

GÍVOLA:

«El muro está chorreando

de podredumbre y de mierda;
es necesario hacer algo
antes de que se nos pierda.
Ya crece la porquería
desde la puerta al tejado:
como nadie se imagina
y todos se han enterado.
¡Mal asunto, mal asunto,
que todo huela a difunto!
Aquí hace falta una mano
de cal blanca y de pintura.
¡Se viene abajo el tinglado
y es tarde para la duda!
¡Dadnos botes de pintura!
¡Dadnos, al punto, la brocha!
¡Dadnos arrobas de cal
para combatir el mal!
Todos estamos dispuestos
a que esto marche de nuevo.
¡Aquí está la brocha (nadie
debe alarmarse por ello)!
¡Si queréis un tiempo nuevo, (bis)
debéis poner reluciente
el muro que hoy está viejo!».

VIII

En las oficinas del trust. Arturo Ui, Roma, Gívola, Gofo y los guardaespaldas. Un grupo de verduleros escucha el discurso de Arturo Ui. Junto a él, en el estrado, se sienta el viejo Dogbrú, que tiene aspecto enfermizo. En segundo término está Clark.

UI (*vociferando*):
¡Crímenes y extorsión! ¡Pillaje! ¡Arbitrariedad!
Se asesina en la calle con el mayor descaro
y se ven ejemplares y honrados ciudadanos
regando con su sangre decente la ciudad.

GÍVOLA:

¡Escuchad bien!

UI:

En suma:

reina el caos en las vidas y en nuestra sociedad.

Porque si cada cual puede hacer lo que quiere

y cada ciudadano sólo sigue el consejo

que dicta su egoísmo, ¿qué nos esperará?

¡La lucha criminal

de todos contra todos

y, al final,

el imperio del caos!

Cuando tranquilamente administro mi tienda

o, ¡qué sé yo!,

voy al volante de mi camión de coliflores

y alguien menos amante de la paz y el orden,

irrumpe en mi negocio y dice «¡manos arriba!»

o me revienta los neumáticos a tiros

de revólver, ¡la paz está bien lejos de reinar!

Mas cuando tomo conciencia de lo que es sabido

(que el hombre es como es, y no es ningún cordero),

sé que algo debo hacer, menos estarme quieto:

sé que debo actuar para que no se hunda

el negocio que me da de comer. ¡Para que nadie pueda

mandarme alzar las manos que destino al trabajo!

(Lo mismo es limpiar fruta que contar pepinillos).

El hombre es como es —y aun un poco peor—

y nunca bajará

ni el punto de mira ni el cañón de su pistola

por propia voluntad.

«Sí, pero entonces —ustedes me dirán—, ¿qué hacer?».

Se lo diré, tras haber sentado previamente

un punto necesario y evidente:

¡no podemos trabajar ya como antiguamente!

¡La unión hace la fuerza! Lo primero

que hay que hacer es unirse. Y en segundo lugar,

saber sacrificarse, saber perder un poco

para salvar el todo.

Ya oigo vuestras razones: «¿Sacrificios, nosotros?
¿Dar el treinta por ciento
por una protección? ¡Jamás, mientras vivamos!
¡Es sagrado el dinero!». Nada podría objetarles,
de ser posible hacerse proteger por nada,
pero esto, mis queridos verduleros,
no es un asunto fácil. ¡Es del todo imposible!
Lo único que se despacha de balde es la muerte,
lo demás tiene un precio que debe ser pagado:
la protección y la tranquilidad,
la ausencia del riesgo y la paz, ¿me oís?, ¡la paz!
¡Así es la vida!
Y puesto que es así y no podemos cambiarla
—junto con mis amigos aquí presentes y otros
que, valerosos y leales, esperan ahí fuera—,
he tomado la decisión
de brindarles protección.

(Gívola y Roma aplauden.)

GÍVOLA:

Pero para demostrar
que todo debe hacerse
según principios estrictamente comerciales
aquí está el señor Clark,
el gran almacenista
de coloniales. Todos lo conocéis.

CLARK:

Señoras y señores: con no poca inquietud
y no menor alarma, nosotros, los del trust,
sabemos bien que hoy día es enojosa y dura
la venta al por menor de la verdura.
Oigo decir: «Porque su precio es alto»,
y oigo lo que decís con sobresalto.
Pero, ¿sabéis por qué las cosas son así?
Bien claro, si acierto a hacerlo, os lo voy a decir.
Porque nuestros embaladores y nuestros carga

nuestros distribuidores y nuestros conductores,
revueltos y agitados por malos elementos,
piden, día a día, imposibles aumentos.
Lo que el señor Ui
quiere hacer aquí
con sus amigos,
es un buen barrido.

DETALLISTA PRIMERO:

Pero si los de abajo son cada vez más pobres,
¿de qué forma podremos vender las coliflores?

UI:

Ese punto merece ser bien considerado,
y he aquí lo que creo que debo responder:
el obrero, nos guste o no nos guste, forma parte
indisolublemente del moderno universo,
de nuestro propio mundo, del mundo en que vivimos,
y sin él —en principio— ya no hay consumidor.
Declaro, convencido, que el trabajo no humilla.
Proclamo, como siempre, que un honrado trabajo
no sólo no deshonra, sino que es constructivo,
y da su beneficio: por tanto, es necesario.
Toda mi simpatía
tiene el trabajador tomado de uno en uno,
pero cuando se alía
y quiere hablar de asuntos de los que nada entiende
(que si la plusvalía...,
que si las producciones..., que si los beneficios...),
entonces yo le digo: «¡Alto ahí, camarada!
¡Basta de errores!
¡Basta de falsas y falaces suposiciones!
Tú eres trabajador porque trabajas; la huelga
te lleva al ocio y, ocioso, no eres trabajador.
¡Eres un individuo peligroso!». Y entonces,
¡ha llegado el momento de pasar a la acción!

(Clark aplaude.)

GÍVOLA:

Para que ustedes vean que aquí todo se hace
sin salirse ni un paso de la legalidad,
se sienta entre nosotros —creo poder decirlo—
un hombre que es imagen de honor y lealtad,
un hombre incorruptible, de gran moralidad.
Todos lo conocéis: ¡es el señor Dogbrú!

(Los verduleros aplauden aún más fuerte.)

UI:

Señor Dogbrú: sé de sobra —y así lo pregonó,
en esta hora solemne en que la Providencia
une nuestros destinos— todo cuanto le debo.
Que un hombre de su talla se haya fijado en mí,
el más mínimo fleco de todo el arrabal,
para hacerlo su amigo y, ¿me atreveré a decirlo?,
también, en cierto modo, para hacerlo su hijo,
¡es algo que en mi vida, señor, podré olvidar!

(Estrecha vigorosamente la flácida mano de Dogbrú.)

GORO (*avanzando*);

Muchachos, ¡nuestro jefe nos habla con el alma en la mano! Supongo
que algunos de vosotros tendrá ciertas preguntas que formular aquí.
¡Adelante sin miedo! ¡Preguntad sin temor! No nos comemos a
nadie que no nos hostigue. Quisiera presentarme tan sólo como soy:
un hombre al que no gustan demasiadas discursos; un hombre que
no admite críticas destructivas ni disolventes.
Me gustan, sin embargo, las propuestas serenas, sabias y constructivas
sobre la mejor forma de lo que deba hacerse en cada caso. Escucho.

(Los verduleros permanecen en silencio.)

GÍVOLA:

No temáis molestarnos. Nos conocéis muy bien; me habéis visto mil veces en la floristería.

UN GUARDAESPALDAS:

¡Bravo por Gívola y sus flores! ¡Viva Gívola!

GÍVOLA:

¿Queréis la protección?
¿Preferís la matanza, el robo, la extorsión
y la violencia? Esto es, ¿el juego duro?

VERDULERO PRIMERO *(quizá tímidamente)*:

En mi negocio todo está muy quedo;
en los últimos tiempos jamás se oyó ni un pedo.

VERDULERO SEGUNDO:

Ni en el mío tampoco.

VERDULERO TERCERO:

Ni en el mío.

GÍVOLA:

¡Es curioso!

VERDULERO SEGUNDO:

En algunas tabernas, según se oye decir,
se han producido lances de la clase
de que habla el señor Ui.

VERDULERO TERCERO:

Pero en nuestros negocios, ¡demos gracias a Dios!,
tenemos, por ahora, una gran tranquilidad
y reina, todavía, la paz.

ROMA:

A la muerte de Sheet, ¿llamas tranquilidad?
Y la muerte de Bowl, ¿eso es la paz?

VERDULERO SEGUNDO:

¿Qué tiene que ver eso con la coliflor?

ROMA:

No tiene que ver nada. ¡Un momento, por favor!

*Roma se acerca a Arturo Ui, quien, agotado por su largo discurso, descansa
abandonadamente en un sillón. Tras cambiar algunas palabras, hace señas a Goro de que se*

acerque. Gívola interviene en la conversación. Cuchicheos. Goro hace un ademán a un guardaespaldas y sale.

GÍVOLA:

Honorable asamblea: según lo que me dicen,
una pobre mujer desgraciada y humilde
acaba de llegar:
es la señora de Bowl, la triste y joven
viuda del señor Bowl,
el empleado del trust de la coliflor,
que, al dirigirse ayer
a cumplir su deber,
fue asesinado
por una mano
anónima y desconocida.
Hable, señora de Bowl, díganos lo que guste.

FLOR DE LOS MUELLES:

Quisiera, señor Ui, inmersa en la profunda desolación en la que estoy
sumida ante el odioso asesinato perpetrado en la persona de mi
pobre difunto, quisiera señor Ui —le digo— expresarle la gratitud
que nace del fondo de mi corazón. *(A la asamblea.)* Sí, señores: no soy
más que una pobre viuda y sólo quiero decirles que sin el señor Ui
estaría en medio de la calle; puedo jurarlo, una y mil veces, dónde y
cuándo quieran ustedes. Mi hijita de cinco años y yo no
olvidaremos nunca, señor Ui, lo que ha hecho, en estos dolorosos
momentos, por nosotras. *(Ui estrecha la mano de la señora.)*

GÍVOLA:

¡Bravo!

(Goro cruza entre la asamblea tocado con el sombrero de Bowl; le siguen varios gángsters que arrastran unos bidones de gasolina. El grupo se abre paso hacia la salida.)

UI:

Señora, reciba mi más sentido pésame;
le acompaño en su duelo, de todo corazón.

GÍVOLA *(viendo cómo los verduleros se disponen a salir):*
¡Alto! ¡No tan de prisa! ¡Deténganse ustedes!

El orden del día no está aún terminado.
Nuestro amigo Jack Greenwool va a cantar ahora mismo,
en memoria del infortunado Bowl,
una canción.

Luego habrá una colecta para la infortunada
viuda. *(Señala a un guardaespaldas, presentándolo.)*

¡Nuestro amigo Jack Greenwool, barítono famoso!

(El guardaespaldas avanza y canta una canción dulzona y pegajosa.)

GREENWOOL:

«Madre mía del alma, cómo me acuerdo
del hogar de mis sueños
y tus desvelos.
Quién pudiera cantarte
como un jilguero
y en tu regazo, madre,
ser niño nuevo.
Nunca tuvo fronteras,
todo era patria...».

Los gánsters, sentados, parecen estar sumidos en éxtasis, con la cabeza apoyada en las manos o echada hacia atrás, y los ojos cerrados. Débiles aplausos, interrumpidos por las sirenas de los bomberos y de la Policía. Al fondo, sobre el ventanal, se ven unos violentos reflejos rojos.

ROMA:

¡Fuego en los almacenes!

UNA VOZ:

¿Dónde?

UN GUARDAESPALDAS *(entrando)*:

¿Está aquí un verdulero que se llama Hook?

VERDULERO SEGUNDO:

¡Yo soy! ¿Qué pasa?

EL GUARDAESPALDAS:

Su almacén está ardiendo.

Hook se precipita hacia la salida; algunos le siguen, mientras otros miran por la ventana.

ROMA:

¡Alto! ¡Que no se mueva nadie! ¡Que nadie salga!

(Al guardaespaldas.)

¿Fue intencionado?

EL GUARDAESPALDAS:

Sin duda alguna, jefe. Dentro se han encontrado las latas de petróleo.

VERDULERO TERCERO:

¡Hace pocos momentos pasaron por aquí!

ROMA *(fuera de sí)*:

¿Qué dices?

¿Quieres insinuar que hemos sido nosotros?

UN GUARDAESPALDAS *(metiéndole la pistola entre las costillas)*:

¿Tú qué dices que has visto pasar?

¿Las latas de petróleo?

OTROS GUARDAESPALDAS *(a otros verduleros)*:

¿Tú también las has visto?

¿Y tú?

LOS VERDULEROS:

¡No!

¡Yo no he visto ninguna!

¡Yo tampoco!

ROMA:

Eso espero. ¡Ya me lo imaginaba!

GÍVOLA *(con rapidez)*:

Uno de los que acaban de decirnos
que la paz reina entre los verduleros

ve como plantan fuego en su almacén.
¡La mano criminal ha reducido
a cenizas su esfuerzo y su dinero!
¡Ha sonado la hora de aprender!
¿Abriréis vuestros ojos? ¡Estáis ciegos,
no viendo lo que ve toda la gente!
Ya lo sabéis: la unión hace la fuerza.
¡Despertad! ¡Uníos inmediatamente!

UI (*rugiendo*):

¡A este fin doloroso hemos llegado!
¡Primero se asesina! ¡Luego se planta fuego!
¡Pienso que todos habéis visto claro
que cada uno de vosotros está ya amenazado!

Aparece un cartel: «En febrero de 1933, el edificio del Reichstag fue destruido por un incendio. Hitler acusó a la oposición de haberlo quemado y dio la señal para la noche de los largos cuchillos».

IX

Vista de la causa por el incendio de los almacenes. Periodistas. El juez. El fiscal. El defensor. Goro. Gívola. Niní Flor de los Muelles. Guardaespaldas. Verduleros. El acusado Fish.

A

Ante la silla del testigo, Emmanuel Goro, de pie, señala al acusado Fish, que está sentado en trance de absoluta apatía.

GORO (*a gritos*):

¡Este es el individuo de mano criminal
que plantó el voraz fuego que quemó el almacén!
¡Todavía abrazaba su lata de petróleo
cuando le interrogué!
Cuando yo te hablo, ¡en pie!
¿No me has oído? Bien claro te lo dije, ¡en pie!

(Levantán a Fish, que se tambalea sobre sus piernas.)

EL JUEZ:

Guarde la compostura el acusado. Está usted ante un tribunal. Se le sigue proceso por el delito de incendio voluntario. Piense a lo que se arriesga.

FISH (*balbuceante*):
¡Uu, uu...!

EL JUEZ:
¿De dónde sacó usted los bidones de petróleo?

FISH:
¡Uu, uu...!

(A una señal del juez, un médico de aire siniestro y vestir elegante se inclina sobre el acusado y cambia una mirada con Goro.)

EL MEDICO:
Simulación.

EL DEFENSOR:
La defensa solicita una nueva prueba pericial.

EL JUEZ (*sonriente*):
Demanda denegada.

EL DEFENSOR:
Señor Goro, ¿cómo explica usted su presencia en el lugar del suceso, en el mismo momento en que se produjo el fuego que redujo a cenizas veintidós casas?

GORO:
Estaba dando un paseo para hacer la digestión.

(Algunos guardaespaldas se ríen, y Goro ríe con ellos.)

EL DEFENSOR:
Señor Goro, ¿sabe usted que el acusado Fish es un obrero parado? ¿Sabe que el día antes del incendio llegó a pie hasta Chicago, donde no había estado jamás?

GORO:

¿Qué tiene que ver todo esto?

EL DEFENSOR:

La matrícula de su automóvil, ¿es la BH-7283 F?

GORO:

Sí, así es.

EL DEFENSOR:

¿Es cierto que su coche estuvo aparcado, cuatro horas antes del incendio, ante el restaurante de Dogbrú, en la calle 87? ¿Es cierto que al procesado Fish lo sacaron del restaurante a rastras y en estado de completa inconsciencia?

GORO:

¿Cómo quiere que lo sepa? Yo estuve paseando por Cícero todo el día; me encontré con cincuenta y dos personas que pueden jurar que es cierto lo que digo.

(Los guardaespaldas se ríen.)

EL DEFENSOR:

¿No acaba usted de decirnos que estaba dando un paseo por Chicago, por el barrio de los muelles, para hacer la digestión?

GORO:

No entiendo nada. ¿Le molesta a usted que cene en Cícero y haga la digestión en Chicago?

Grandes y prolongadas risas, a las que también se suma el juez.

Se apaga la luz^[2]. Un órgano interpreta la Marcha fúnebre, de Chopin, a ritmo bailable.

B

Al hacerse la luz, Hook aparece sentado en la silla de los testigos.

EL DEFENSOR:

Señor Hook, ¿tuvo usted, en cualquier momento alguna diferencia con el acusado? Más sencillamente, ¿lo vio usted alguna vez, antes de

ahora?

HOOK:

Jamás.

EL DEFENSOR:

¿Vio usted alguna vez al señor Goro?

HOOK:

Sí, señor: en las oficinas del trust, el día del incendio.

EL DEFENSOR:

¿Antes del incendio?

HOOK:

Sí, señor: justo antes del incendio. Cruzó el salón con cuatro hombres que arrastraban unas latas de petróleo.

Movimiento en los asientos de la Prensa y entre los guardaespaldas.

EL JUEZ:

¡Advierto a la Prensa que debe guardar silencio!

EL DEFENSOR:

Señor Hook, ¿quién es el inmediato vecino de sus almacenes?

HOOK:

La empresa de transportes fluviales que fue propiedad de Sheet; mis almacenes se comunican por un pasadizo con su patio.

EL DEFENSOR:

Señor Hook, ¿sabe usted que el señor Goro vivía en los edificios de dicha empresa y que, por consiguiente, tenía libre acceso a sus instalaciones?

HOOK:

Sí, señor, en su calidad de capataz de los almacenes.

Gran agitación entre los periodistas. Los guardaespaldas mughen como toros y adoptan actitudes amenazadoras contra Hook, el defensor y los periodistas. Goro, el joven, se acerca

rápidamente al juez y le habla al oído.

EL JUEZ:

¡Silencio! ¡Por indisposición del acusado,
se suspende la vista!

Se apaga la luz. En el órgano, vuelve a sonar la «Marcha fúnebre» a ritmo bailable.

C

*Al hacerse la luz, Hook vuelve a aparecer en la silla de los testigos. Ahora está derrumbado,
apoyándose en un bastón y con vendajes en la cabeza y sobre los ojos.*

EL FISCAL:

¿Está usted mal de la vista, Hook?

HOOK (*penosamente*):

Sí.

EL FISCAL:

¿Está usted en condiciones de reconocer, sin lugar a dudas, a alguien?

HOOK:

No.

EL FISCAL:

Por ejemplo, ¿reconoce a aquel hombre del fondo?

(*Señala a Goro.*)

HOOK:

No.

EL FISCAL:

¿Puede asegurar que lo ha visto alguna vez?

HOOK:

No.

EL FISCAL:

Ahora voy a hacerle, Hook, una pregunta sumamente importante.
Reflexione bien antes de contestar. ¿Sus almacenes lindan con la empresa de transportes fluviales que fue propiedad de Sheet?

HOOK *(tras un silencio)*:
No.

EL FISCAL:
Eso es todo.

(La luz se apaga y el órgano vuelve a tocar.)

D

Al hacerse la luz, Niní Flor de los Muelles aparece sentada en la silla de los testigos.

FLOR DE LOS MUELLES *(con un registro de fonógrafo)*:
Reconozco perfectamente al acusado: por su expresión culpable y también por el hecho de que mide un metro setenta. Supe por mi cuñada que lo vieron a mediodía ante el Ayuntamiento, la mañana que asesinaron a mi marido cuando se disponía a entrar. Llevaba bajo el brazo una metralleta marca Webster y todo él daba una impresión muy sospechosa.

(La luz se apaga y el órgano vuelve a tocar.)

E

Al hacerse la luz, Giuseppe Gívola aparece sentado en la silla de los testigos. Cerca, el guardaespaldas Greenwool está de pie.

EL FISCAL:
Se ha dicho aquí que, momentos antes del incendio, algunos hombres fueron vistos sacando latas de petróleo de los locales del trust de la coliflor. ¿Sabe usted algo de eso?

GÍVOLA:
Sólo puede tratarse del señor Greenwool.

EL FISCAL:

Señor Gívola, ¿el señor Greenwool trabaja a su servicio?

GÍVOLA:

Así es.

EL FISCAL:

Señor Gívola, ¿cuál es su profesión?

GÍVOLA:

Florista.

EL FISCAL:

¿Es una profesión, la suya, en la que se precisa un elevado consumo de petróleo?

GÍVOLA (*seriamente*):

No; lo usamos sólo para combatir el pulgón.

EL FISCAL:

Dígame, ¿qué hacía el señor Greenwool en las oficinas del trust?

GÍVOLA:

Cantaba una canción.

EL FISCAL:

Por tanto, no podía transportar al mismo tiempo las latas de petróleo hasta los almacenes de Hook.

GÍVOLA:

¡Absolutamente imposible! Además, psicológicamente, no es el tipo del incendiario: es barítono.

EL FISCAL:

Sugiero que el tribunal pida al testigo que cante la emocionante canción que interpretaba en las oficinas del trust, cuando se inició el incendio.

EL JUEZ:

Se deniega la demanda.

GÍVOLA:

¡Protesto! *(Se levanta.)*

¡Cuántas provocaciones ruines e inauditas!

Hombres de nuestra sangre, puros y sin reparo,

que sólo a pleno día hacen algún disparo

y que jamás tuvieron la conciencia marchita,

son tratados ahora de más que sospechosos.

¡Damos un espectáculo asqueroso!

¡Esto es inadmisibile! ¡Intolerable!

¡Esto es escandaloso! ¡Deleznable!

(Risas. La luz se apaga y el órgano vuelve a tocar.)

F

Al hacerse la luz, el tribunal da muestras del más completo agotamiento.

EL JUEZ:

La Prensa ha insinuado que este tribunal pudiera haber estado expuesto a determinadas presiones y coacciones. Declaro que no ha sido presionado ni coaccionado por nadie y que ha procedido, en todo momento, con entera libertad. Creo que cuanto les digo deberá bastarles.

EL FISCAL:

Señoría: dado que el acusado Fish se obstina en seguir simulándose demente...

EL DEFENSOR *(interrumpiéndole)*:

Señoría, ¡el acusado vuelve en sí!

(Sensación.)

FISH *(como despertando)*:

Eu, eu..., au, au..., agu, agu..., agua.

EL DEFENSOR:

¡Agua, señoría! ¡Agua! Solicito que se proceda al interrogatorio del acusado.

(Aún mayor sensación.)

EL FISCAL:

¡Protesto! ¡Son argucias de la defensa, que busca la sensación a cualquier precio para influir sobre el público!

FISH:

Agua...

(Se levanta sostenido por el defensor.)

EL DEFENSOR:

Fish, ¿puede responderme?

FISH:

Sí...

EL DEFENSOR:

Fish, responda al tribunal. El 28 de febrero, ¿provocó usted un incendio en un almacén del barrio de los muelles? ¡Sí o no!

FISH:

No...

EL DEFENSOR:

Fish, ¿cuándo vino usted a Chicago?

FISH:

Agua...

EL DEFENSOR:

¡Un vaso de agua!

(Desorden. Goro se acerca al juez y le habla.)

GORO *(Aullando)*:

¡Todo esto es una farsa! ¡Mentira! ¡Mentira!

EL DEFENSOR:

¿Había visto a este hombre con anterioridad?

(Señala a Goro.)

FISH:

Sí... Agua...

EL DEFENSOR:

¡Díganos dónde! ¿En el restaurante de Dogbrú, en los muelles?

FISH *(en voz baja)*:

Sí...

Gran desbarajuste y nerviosismo. Los guardaespaldas sacan sus revólveres y mugen. El médico corre con un vaso de agua, que hace tragar a Fish antes de que el defensor pueda quitárselo de las manos.

EL DEFENSOR:

¡Protesto! ¡Exijo que se investigue el contenido del vaso!

EL JUEZ *(cambiando una mirada con el fiscal)*:

Se deniega la demanda.

FLOR DE LOS MUELLES *(a gritos, dirigiéndose a Fish)*:

¡Asesino!

EL DEFENSOR:

Señoría.

Al no poder tapar

la boca a la verdad

bajo un poco de tierra,

la quieren sepultar

en un inmenso mar

de papel: la sentencia

de Vuestra Señoría,

mejor, ¡Vuestra Vergüenza!

Nuestra justicia ha sido envilecida,

por un puñado de desaprensivos

que, al no tener razón, resuelven todo a tiros.

Pido a Su Señoría que suspenda la vista.

EL FISCAL:

¡Protesto! ¡Es un escándalo!

GORO:

¡Cerdo! ¡Vendido! ¡Embustero!

¡Criminal! ¡Víbora! ¡Perro!

¡Sal a la calle al momento,
que te he de dejar las tripas
puestas a secar al sol!

EL DEFENSOR:

Todos los aquí reunidos conocen a este hombre.

GORO:

¡Cierra el pico! *(Al juez, que intenta interrumpirle.)*

Y usted, ¡cállese también, si quiere salvar el pellejo!

(Le falta el aire y el juez consigue tomar la palabra.)

EL JUEZ:

¡Silencio, por favor! El abogado de la defensa tendrá que responder por
desacato a la sala. El tribunal comprende perfectamente la
indignación del señor Goro.

(Al defensor.)

Continúe.

EL DEFENSOR:

Fish, ¿le dieron a usted algo de beber en el restaurante de Dogbrú?

FISH *(dejando caer la cabeza):*

Eu...

EL DEFENSOR:

¡Fish! ¡¡Fish!! ¡¡¡Fish!!!

GORO *(a grandes voces):*

¡Llámallo cuanto quieras! ¡Puedes seguir bramando! ¡El neumático viejo se acabó deshinchando! ¡Ahora podrá saberse quién sigue aquí mandando!

(Se apaga la luz en medio del tumulto. El órgano vuelve a tocar la «Marcha fúnebre», de Chopin, a ritmo bailable.)

G

Al hacerse la luz, el juez está en pie y lee con voz monocorde la sentencia. El acusado Fish está blanco como el papel.

EL JUEZ:

Acusado Charles Fish: ha sido usted considerado culpable del delito de incendio con alevosía y se le condena, a quince años de presidio.

Aparece un cartel: «En el sensacional proceso por el incendio del Reichstag, la Audiencia de Leipzig condenó a muerte a un obrero sin trabajo que había sido previamente drogado. A partir de aquí, la justicia alemana trabaja para Hitler».

SEGUNDO ACTO

X

En la habitación de Arturo Ui, en el hotel Mamut. Ui, tumbado sobre un diván, contempla el techo. Gívola escribe, mientras dos guardaespaldas, leyendo por encima de su hombro, sonríen.

GÍVOLA (*leyendo*):

«Y es así como yo, Dogbrú, lego en herencia al bravo y diligente Gívola mi figón.

A Goro, que es valiente —si bien en ocasiones se precipita al envalentonarse—, dejo mi casa de campo y todos sus aperos.

Al fiel Roma, mi hijo. Solicito que Goro sea nombrado juez. Y Ernesto Roma, jefe supremo de la Policía.

Correrá a cargo la beneficencia de Gívola, mi amigo muy querido.

Sobre todo quisiera poder recomendar de todo corazón a Arturo Ui para que, en su día, pudiera ocupar mi puesto.

A todos declaro que es bien digno de él. Creed lo que os dice vuestro siempre fiel y viejo y honrado amigo Dogbrú».

(Deja de leer.)

Con esto será suficiente. Ya está.

Cuento con que pronto podrá reventar.

Este testamento será la locura.

Se sabe que el viejo ya está moribundo, que tiene una pata ya en el otro mundo y que pronto esperan darle sepultura.

(Entra Goro, tocado con un sombrero nuevo: el de Hook.)

GÍVOLA *(a Goro)*:

¡A propósito, Goro!

¿Qué tal va la congestión de Dogbrú?

GORO:

No dejó entrar al matasanos.

GÍVOLA:

¿A nuestro magnífico doctor,

el que con tanto esmero atendió a Fish?

GORO:

Y prohibió que cualquier otro pueda visitarlo.

Yo creo que este viejo habla demasiado.

GÍVOLA:

También pudiera ser

que se hable demasiado en su presencia...

Amigo Goro, lee este testamento.

GORO *(arrancándoselo de las manos leyendo)*:

¡Cómo! ¿Roma, jefe supremo de la Policía?

¡Estáis chalados!

GÍVOLA:

El jefe así lo manda.

También yo estoy en contra de esto, Goro.

Es lástima, pero no se puede

tener confianza en nuestro querido Roma.

(Entra Roma con sus pistoleros y escucha las palabras de Gívola.)

¡Hola, Roma! Lee este testamento.

ROMA *(quitándoselo de las manos a Goro)*:

¡Déjame verlo!

¡Caray! ¡Goro convertido en juez!

¿Y dónde está el papelucho del vejestorio?

GORO:

Todavía lo tiene en su poder
y trata, según pienso, de hacerlo salir fuera.
Al hijo, ya le he desbaratado cinco engaños.

ROMA (*extendiendo la mano*):

Suéltalo, Goro. ¡Dámelo de una vez!

GORO:

¿Cómo te lo he de dar si no lo tengo?

ROMA:

¡Sí que lo tienes, cerdo, en tu poder!
¡Sé muy bien lo que tramas siempre junto a Dogbrú!
No vayáis nunca demasiado lejos.

(*Se yerguen furiosos.*)

Os borraré como a manchas de sangre
si llego a sorprenderos.
¡Sé muy bien lo que tramas!
¡Siempre junto al viejo!

GORO:

No te atrevas a hablarme como a un matón a sueldo.

ROMA (*a los guardaespaldas*):

¡Eso va por vosotros!
¡Mirad cómo se os trata en el cuartel general!
Entended bien: ¡sois unos asesinos
que cobráis por matar y obedecer!
Ellos son los amigos de los grandes,
de los amos del trust.

(*Señalando a Goro.*)

Su camisa de seda es elegante
y está cortada por el camisero
de Clark.

¡Vosotros no hacéis más que las chapuzas,
que los trabajos sucios!

(*A Ui.*)

¡Y tú consientes esto!

UI (*pareciendo como despertarse*):
¿Qué es lo que yo consiento?

GÍVOLA:
Consientes que Roma ataque a los camiones de Caruther,
¡uno de los dirigentes del trust!

UI:
¿Cómo? ¿Has disparado sobre los camiones?

ROMA:
Fue, simplemente, un pronto de algunos muchachos.
La tropa, a veces, entiende muy mal
que sean siempre los desgraciados
y no los poderosos,
quienes deban pasar por el aro.
No, Arturo, ¡qué puñeta!
¡Tampoco yo lo entiendo!

GÍVOLA:
En el trust están furiosos.
¡En el trust están rabiosos!

GORO:
Ayer me dijo Clark, muy seriamente:
«¡Veremos si eso vuelve a repetirse!».
Por eso estaba en casa del abuelo.

UI:
¡Eso no debe pasar más, Ernesto!

GORO:
Jefe, ¡un poco de garra,
o serás desbordado por los perdonavidas!

ROMA (*sacando el revólver*):

¡Basta! ¡Arriba las manos!
¡De cara a la pared! ¡Tú también!
¡Y cuidado con lo que hacen!

UI (*apático*):

¿Qué pasa, Ernesto? No me los pongas nerviosos.
¿Para qué esas inútiles disputas?
¿Que hubo disparos contra un camión de coliflores?
Eso puede arreglarse,
y sobre todo ahora que esto va ya marchando
suave como una bola de billar.
Los comerciantes
pagan, por ser un poco protegidos,
el treinta por ciento que les señalamos.
En menos de una semana,
un barrio entero se ha puesto de rodillas.
Ya nadie mueve un dedo contra nosotros,
¡Y yo tengo proyectos aún más vastos!

GÍVOLA:

¿Cuáles son? ¿Por qué no nos los dices?

GORO:

¡Que se vayan a la mierda tus proyectos!
¡Mejor sería que pudiera bajar los brazos!
Dinos más bien de qué lado estás, Arturo.

ROMA:

Arturo,
¡más vale que se queden con los brazos en alto!

GÍVOLA:

¡Sería gracioso que ahora entrara Clark
y nos viera en semejante actitud!

UI:

¡Guarda el revólver, Ernesto! ¡Basta ya!

ROMA:

¡No! ¡No lo haré!

«Sería gracioso que ahora entrara Clark
y nos viera».

Despierta, Arturo. ¿No te has dado cuenta
de que eres un juguete?

¿No ves que quieren liarte con Clark y con Dogbrú?

GORO (*a Ui*):

¡Así es! ¡Desembucha! ¡Enséñanos tu juego!

UI:

¿Esto quiere decir que me ponéis
la soga al cuello?

No; no es así. Vosotros bien sabéis
que, aun sin resuello,
nada obtendréis de mí
si yo no quiero.

Quien ose amenazarme, que se atenga
a padecer todas las consecuencias.

Quien no tenga una ciega confianza
en mí, puede marcharse. ¡Aquí no se comercia!

Os falta fe y cuando la fe falta,
todo se desbarata.

¿Por qué creéis que hago lo que hago?

¡Porque la fe es mi vida!

¡Porque la fe hago mía!

Sin fe jamás se llega a ningún lado;
pero con fe, ¿me oís?, sólo con fe,
a la ciudad he puesto de rodillas.

¡Fui a ver a Dogbrú con fe!

¡Fui al municipio con fe!

¡Con mis puños y con fe!

ROMA:

¡Y con tu pistola Browning!

UI:

Otros muchos también tienen pistola,
pero lo que no tienen es la fe
de estar predestinados a ser jefes.
Lo que a todos os pido es confianza.
¡Creed en mí! ¡Creed que sólo quiero
para vosotros siempre lo mejor!
¡Cómo nadie conozco vuestro bien,
y encontraré el camino más directo
que habrá de conducirlos al triunfo!

ROMA (*a Goro y Gívola*):

¡Largo de aquí, ya!

¡Alto!

(*Cachea a Goro.*)

¿Dónde lo tienes, perro?

GORO:

Te juro, Roma, que no...

(*Roma le quita el testamento.*)

¡Qué bonito sombrero!

GÍVOLA:

Querido Roma...

ROMA:

¡Largaos, os digo! ¡Largaos de aquí! (*Salen Gívola y Goro.*)

XI

ROMA:

El testamento de Dogbrú. El auténtico. (*Leyendo.*)

«... Y así es como yo, Dogbrú, el anciano honorable,
después de ochenta inviernos cumplidos con honor,
guardé silencio en todos los más turbios proyectos
y actos más abyectos
de esa criminal banda de asesinos.
¡Oh mundo atroz! ¡Oh, fiero, cruel destino!

Quienes me conocieron en otro tiempo, dicen
que yo nada sabía de nada, y, si supiera
algo, jamás lo hubiera permitido.
Pero yo lo sé todo.
Yo sé quién provocó
el incendio de Hook.
Yo sé quién secuestró
y antes drogó
a Fish, el pobre títere vacío.
Yo sé que Roma estaba junto a Sheet
cuando lo asesinaron (guardaba en el bolsillo
todavía el billete del barco). Sé que Goro
mató a tiros a Bowl en el Ayuntamiento,
porque sabía demasiadas cosas
sobre Dogbrú, “el intachable”.
Sé que también mató a O’Casey y que usó su sombrero.
Yo lo supe todo y todo lo toleré.
¡Yo, vuestro honrado Dogbrú, en mi ansia y mi avidez,
al ver cómo perdía la confianza
de todos a la vez!».

XII

UI:
Déjame solo.

ROMA:
¡Hay que actuar, Arturo!
¡Hay que actuar enseguida! ¡Sin pérdida de tiempo!
¡Mucho me temo que Goro juegue con dos barajas!

UI:
Ernesto, algo muy grande y nuevo se da en mí.
Olvida las disputas, no merece la pena.
Tú eres mi más viejo amigo,
mi fiel compañero a quien quiero explicar
el plan que ahora ya tengo casi a punto y maduro.

Chicago está en el bote. ¡Ahora quiero otra cosa!

ROMA:
¿Otra cosa?

UI:
Sí; fuera de aquí también se venden coliflores.

ROMA:
Eso es bien cierto. Pero, ¿por dónde entrar?

UI:
Por la puerta grande o por la de servicio.
Por la ventana también se puede entrar.
El procedimiento jamás me preocupa.
Amenazas, ruegos, súplicas, injurias;
con suave violencia o abrazo de hierro...
En fin, como aquí.

ROMA:
Bueno, fuera de aquí quizá sea distinto.

UI:
En una ciudad pequeña, de provincias,
pienso hacer un ensayo general.
No creo que las cosas sean muy diferentes.

ROMA:
¿Dónde quieres organizar este ensayo general?

UI:
En Cícero.

ROMA:
Allí está Ignacio Dullfeet con su ruín diario.
Aprovecha la mañana de los sábados
para acusarme de haber hecho doblar
la servilleta a Sheet.

UI:

Esas inventivas deben terminar.

ROMA:

Podría hacerse con facilidad.

Periodistillas de su catadura
siempre tienen enemigos quisquillosos.

UI:

Y deben terminar sobre la marcha.

El trust está negociando allí.

ROMA:

¿Quién lleva las conversaciones?

UI:

Clark.

Pero tiene problemas causados por nosotros.

ROMA:

¿También anda metido en esto Clark?

No tengo en ese tipo ni un ochavo de confianza.

UI:

En Cícero se dice que seguimos
al trust como la sombra sigue al cuerpo.

Quieren la coliflor, mas sin escolta.

Los verduleros tienen mucho miedo
y lo peor es que no son sólo ellos:
la mujer de Dullfeet allí gobierna,
desde hace años la firma importadora
de coliflor. Se sumaría al trust
de no ser por nosotros. Sin nosotros,
la cosa ya estaría rematada.

ROMA:

Según veo, el proyecto de Cícero no es tuyo,
sino del trust. ¿Es cierto lo que digo?

Arturo, ahora me explico todo ce por be.
¡Ahora está claro el juego que jugamos!
¡Quieren comerse a Cícero y tú eres el obstáculo!
Mas, ¿cómo desbancarte sin dar el espectáculo?
¿Qué hacer contigo?
El testigo
siempre molesta.
¡Dogbrú confiesa!
Y recomienda
eliminar la gente
introducida por él mismo
que les pone al borde del abismo.
Ese es su plan, Arturo.
Todos están metidos en la misma talega
y en el mismo negocio.

UI:
¿Crees que es una conspiración?
Es cierto... No me dejaron ni acercarme a Cícero
eso me sorprendió.

ROMA:
Te lo suplico, Arturo; déjame poner orden
a mi manera en este errado asunto.
Asalto con mis hombres la casa de Dogbrú
y digo que lo llevo al hospital.
En vez, lo dejo en el cementerio
y asunto concluido. ¡Es bien fácil!

UI:
Recuerda que Goro vive en casa del viejo.

ROMA:
Ya lo sé y no me importa.
Por mí, puede quedarse.
(Ambos se miran.)

UI:

¿Y Gívola?

ROMA:

A la vuelta iré a encargarle unas coronas
mortuorias bien grandes: una para Dogbrú
y la otra para Goro, el payaso.
¡Y el pago, a tocateja!

(Enseña su revólver.)

UI:

Hay que romper en pedazos este plan infame
que contra mí tramaron Dogbrú, Clark y Dullfeet,
para dejarme a un lado en el golpe de Cícero.
En ti confío.

ROMA:

Tienes razón. Mas deberás venir
a arengar a mis gentes y a mostrarles
las cosas tal cual son. Tú me conoces
y sabes bien que no es mi fuerte hablar.

UI *(estrechándole las manos)*:

De acuerdo, iré.

ROMA:

A las once.

UI:

¿Dónde?

ROMA:

Al almacén.

(A los pistoleros.)

¡Arturo ya está con nosotros!

¡Ya os lo había dicho!

¡Soy ya otro hombre! Esto es, ¡al fin!, acción.

Sale rápidamente, seguido de sus hombres. Ui, caminando de un lado para otro, madura el discurso que ha de pronunciar ante los hombres de Roma.

UI:

Amigos:

con no poco dolor llegó hasta mis oídos
la triste novedad de que, a mi espalda misma,
una infame traición alguien tramaba.
Gentes que, hace algún tiempo, muy cerca de mí estaban,
se han unido. Rabiosos de ambición
y, por naturaleza, ávidos y sin fe,
proyectaron de acuerdo con el trust...
(no; esto no puede ser, esto no vale)
proyectaron de acuerdo... (¿con quién?). Ya... con la Policía
liquidaros a todos.
Llegaron a decir que querían mi piel.
Por todo cuanto habéis oído aquí yo ordeno
que, a las órdenes de Ernesto Roma,
quien tiene mi absoluta confianza,
será necesario que esta noche...

(Entran Clark, Goro y Betty Dullfeet. Ui se esconde lleno de pavor.)

GORO *(viendo su aire atemorizado)*:

Somos nosotros, jefe; nadie más.

CLARK:

Le presento a la señora de Dullfeet, de Cícero.
El trust quiere que escuche a la señora
y lleguen a un acuerdo.

UI *(con aire sombrío)*:

Adelante.

CLARK:

En las conversaciones previas a la fusión
que viene manteniendo el trust de la coliflor
de Chicago con sus colegas de Cícero,
se hacen ciertas vagas reservas por parte de ellos
(usted sin duda ya lo sabe bien sabido)
a su presencia como accionista en el consejo.
A fuerza de trabajo, el trust ha conseguido

hacer caer ese infundado veto.
La señora de Dullfeet, aquí presente, viene...

SRA. DE DULLFEET:
A disipar ese malentendido.
Me gustaría mucho subrayar
—y hablo también en nombre de mi marido—
que la reciente campaña de su periódico
no iba dirigida contra usted.

UI:
Y entonces, ¿contra quién?

CLARK:
Seamos francos, Ui; hablemos claro. Sucede
que el «suicidio» de Sheet fue una mala noticia
que en Cícero cayó como una bomba.
Dejando a un lado el juicio que pueda merecernos,
lo cierto es que ese hombre no era un piernas,
sino un armador; era alguien y no un desconocido,
que vuelve a la nada sin decir ni pío.

SRA. DE DULLFEET:
En Cícero todos saben que, con sangre,
fueron regadas las coles del trust.

UI:
¡Lo que oigo es una afrenta!

SRA. DE DULLFEET:
No, Ui. Yo no hablaba de usted. Y menos aún ahora,
que nuestro amigo Clark avala su persona.
Se trata, solamente, de ese Roma...

CLARK (*vivamente*):
Arturo, ¡sangre fría!

GORO:

Todo Cícero piensa...

UI:

¡Roma es hombre leal!
¿Por quién me tomas?
Nadie me dictará
qué compañeros debo tener cerca de mí.
¡Es un insulto que no debo admitir!

GORO:

¡Jefe!

SRA. DE DULLFEET:

Ignacio Dullfeet, mi marido, combatirá, de ser preciso,
contra los hombres que son como Roma,
hasta el último aliento de su boca.

CLARK (*fríamente*):

La señora tiene toda la razón.
Ui, sea razonable. No debe confundir
comercio y amistad. ¿Qué nos puede decir?

UI (*con la misma frialdad*):

Señor Clark: yo no tengo nada más que decir.

CLARK:

Puede creermme, señora, que deploro
que la entrevista se termine así.

(A Ui, saliendo.)

¡Esto es una locura, Arturo Ui!

(Ui y Goro, solos y frente a frente, se contemplan.)

GORO:

Esto, viniendo tras lo de los camiones,
es la guerra segura. ¡Aquí no hay más cojones!

UI:

Yo no temo a la guerra.

GORO:

¡Perfecto! No la temas. Pero te encontrarás
frente a los periódicos y a toda la ciudad.
El honorable Dogbrú no es cómodo enemigo;
por todas partes tiene mil clientes y amigos.
Jefe, sé razonable. ¡No juegues a perder!

UI:

No preciso consejos: conozco mi deber.

Aparece un cartel: «La muerte inminente del viejo Hindenburg desencadenó encarnizadas rivalidades entre los nazis. Algunos círculos influyentes insistían en la necesidad de eliminar a Ernest Röhm. Se perfilaba ya la ocupación de Austria».

XIII

Un almacén, de noche. Se oye llover. Ernesto Roma y el joven Inna. En segundo término, unos pistoleros.

INNA:

¡La una de la madrugada!

ROMA:

Seguramente lo han entretenido.

INNA:

¿Será posible que dude?

ROMA:

Sí, muy bien pudiera ser.

Pero vendrá, puedes estar seguro. Lo conozco bien, Inna.

(Silencio.)

¡Ay! Cuando vea a Goro
tumbado sobre las baldosas como un puerco,
tendré el corazón a gusto: tan a gusto
como tras haber meado la borrachera.
Y eso será muy pronto.

UN PISTOLERO *(avanzando)*:

Los muchachos quieren beber un trago.

ROMA:

¡No hay tragos!

¡Esta noche los quiero despejados!

ALTAVOZ (*sin aliento*):

¡Se va a armar, sin duda, la marimorena!

¡Dos coches blindados

con la bofia dentro

están ahí parados!

¡Jesús, qué momentos!

ROMA:

¡Bajad aprisa el telón

de metal!

¡Más nos vale prevenir que curar!

(*Un telón de hierro cierra lentamente la puerta del almacén.*)

¿Queda el paso libre?

ALTAVOZ (*a un lado*):

¡Un camión de guardias toma por Churchstreet!

ROMA (*con voz cortante*):

¿Para?

ALTAVOZ:

¡No!

UN PISTOLERO (*entrando*):

¡Dos han vuelto la esquina! ¡

Llevan los faros casi,

casi apagados!

ROMA:

¡Es una maniobra contra Arturo!

Gívola y Goro —¡cerdos!— ¡lo han vendido!

¡Se lanza ciegamente hacia la trampa!

¡Rápido! ¡Venid! ¡Antes de que llegue!

UN PISTOLERO:

¡Lo que vamos a hacer es un suicidio!

ROMA:

¿Un suicidio, mamón? ¡Ya es tiempo del suicidio
—¿me oyes?— tras dieciocho años de amistad!

INNA (*con voz clara*):

¡Arriba el telón! ¿Listos los naranjeros?

UN PISTOLERO:

Sí.

INNA:

¡Arriba el telón!

El telón de hierro se eleva lentamente. Ui y Gívola entran con paso rápido, seguidos de sus guardaespaldas.

ROMA:

¡Arturo!

INNA (*en voz baja*):

Viene con Gívola.

ROMA:

¿Qué sucede?

Estábamos preocupados por ti, Arturo.

(*Con risa sonora.*)

¡Diablos! ¡Ahora todo va bien!

UI (*con voz ronca*):

¿Qué es, entonces, lo que podía ir mal?

INNA:

¡Temíamos que se armase el tomate!

Dale la mano, jefe, sin temor.

Por poco hace un instante nos metemos,
con él al frente, en un berenjenal
por defender tu causa. ¿No es verdad?

*Ui avanza hacia. Roma y le tiende la mano. Roma se la toma, pero de forma que no puede
requerir su arma. Rápido como el relámpago, Gívola lo tumba de un tiro.*

UI (*señalando a los pistoleros*):
Esos, ¡al rincón!

*Los hombres de Roma se quedan desconcertados y son empujados hasta un rincón, con Inna
a la cabeza. Gívola se inclina sobre Roma, tendido en el suelo.*

UI (*a los pistoleros, adosados a la pared*):
Vuestro infame complot contra mí está bien claro;
también lo está el que tramabais contra Dogbrú,
pero yo os gané a todos por la mano.
¡Os voy a enseñar a buscarme las vueltas!

GÍVOLA (*señalando a Roma*):
¡Este mala sombra, jefe, vuelve en sí!

UI (*sin hacerle caso*):
Esta noche estaré en la finca de Dogbrú.
(*Sale precipitadamente.*)

INNA (*de espaldas a la pared*):
¡Banda de ratas apestosas! ¡Hatajo de traidores!

GÍVOLA (*a sus hombres*):
¡Fuego!

Los prisioneros son abatidos con unas ráfagas de metralleta.

ROMA (*volviendo en sí*):
¡Gívola! ¡Qué desgracia!
(*Se vuelve penosamente con la cara blanca como el papel.*)
¿Qué ha pasado?

GÍVOLA:

Nada.
Algunos traidores pagaron su traición.

ROMA:
¡Lengua de víbora!
¿Qué has hecho con mis hombres?
(Gívola no contesta.)
¿Y Arturo?
¿Dónde está?

GÍVOLA:
Se ha ido.

ROMA (*mientras lo arrastran contra la pared*):
¡Cerdos! ¡Hijos de puta!

GÍVOLA (*glacial*):
Tengo el pie zopo, ¿no es eso lo que piensas?,
pero tampoco más que tu cabeza.
¡A ver si vas ahora con buen pie,
amigo mío, hasta la pared!

Aparece un cartel: «En la noche del 30 de junio de 1934, Hitler ataca por sorpresa a su amigo Röhm en el hotel en que éste le esperaba para desencadenar un golpe de estado contra Hindenburg y Goering».

XIV

En la floristería de Gívola. Entra Ignacio Dullfeet, en compañía de Betty Dullfeet.

DULLFEET:
Vengo de mala gana.

BETTY:
¿Por qué? Roma ya no está aquí.

DULLFEET:
Lo han matado.

BETTY:

Eso no importa ahora; lo que cuenta
es que ya no está aquí.

Clark dice que Arturo ha doblado ya el cabo
de las tormentas.

¡Hasta los elegidos han de pasar por él!
Proseguir el combate sólo ha de despertar
sus más bajos instintos de fiera...

DULLFEET:

No estoy nada seguro de que pueda ganar
nada absolutamente, por callar.

BETTY:

No son tigres.

(Entra Goro por un costado, con el sombrero de Roma puesto.)

GORO:

¡Hola, señor Dullfeet!

¿Ya llegaron ustedes?

El jefe está ahí adentro y les espera
encantado, pero yo he de largarme.

¡Y de prisa!

Que me vieran sería muy grande desatino,
tras haberle mangado a Gívola el borsalino.

(Ríe tan fuerte que el techo se descascarilla. Sale agitando la mano.)

DULLFEET:

Su rabia es peligrosa,
pero peor aún es su alegría.

BETTY:

¡Cállate, Ignacio!

¡Aquí no digas ni una sola palabra!

DULLFEET *(amargamente)*:

Ni aquí, ni en lado alguno.

BETTY:

¡Qué hemos de hacerle!
En Cícero se dice que muy pronto
Ui ocupará el puesto del difunto Dogbrú.
Y lo que es aún más grave:
que nuestros verduleros
se aprestan a ingresar, con todo honor,
en las filas del trust.

DULLFEET:

A mí me han destrozado
ya dos rotativas.
¡Ay, esposa mía,
estamos arreglados!

(Entran Gívola y Ui, con la mano tendida)

BETTY:

¡Hola, Ui!

UI:

¡Sed bienvenido, Dullfeet!

DULLFEET:

Señor, seamos sinceros:
yo dudaba en venir dado que...

UI:

¿Dado qué?
En todas partes es bien recibido un hombre valeroso.

GÍVOLA:

¡Y una mujer hermosa!

DULLFEET:

A veces he llegado a pensar, señor,
que tenía el deber de luchar contra usted.

UI *(interrumpiéndole)*:

¡Malentendidos! ¡Tan sólo malentendidos!
Si desde el primer día hubiéramos sabido
uno del otro, jamás se hubiera producido,
en nuestras actitudes, esta disparidad.

DULLFEET:
La violencia...

UI (*interrumpiéndole*):
No hay nadie que la odie más que yo.
Creo que la violencia no es preconizable,
mas para ello es preciso ser hombre razonable.

DULLFEET:
Mi objetivo...

UI (*interrumpiéndole*):
Es absolutamente igual, es idéntico al mío.
Los dos deseamos que corra el dinero,
que marche el comercio
y que se obtenga el precio
que permita vivir al verdulero.
Debemos brindarle nuestra protección
por si es atacado;
el desgraciado
quiere vender coles con tranquilidad.

DULLFEET (*firmemente*):
También debe escoger con libertad
si quiere o si no quiere protección.
Pienso que es la primera condición.

UI:
Le digo que también lo es para mí.
Tan sólo si decide libremente quién ha de ser,
o no, su protector,
podrá lograrse que la coliflor
vuelva a los cauces en que normalmente,

con toda confianza, ha de fluir.

DULLFEET:

Me alegra oírle su aseveración.

No quisiera ofenderle,

pero observe que la ciudad de Cícero no puede
ni debe tolerar la coacción.

UI:

Es comprensible; no hay el menor temor.

La coacción no se admite, que se impone
por la necesidad de una fuerza aún mayor

DULLFEET:

Hablemos con franqueza.

Si la fusión con el trust de la coliflor

puede significar

que, por casualidad,

reinara entre nosotros el dolor

y la sangrienta confusión

en la que gime Chicago,

¡jamás ha de tener mi aprobación!

(Silencio.)

UI:

Señor Dullfeet, quisiera yo también serle franco,
y a su franqueza debo responder con la mía.

Puede que, en otros tiempos, hayan pasado cosas
no del todo ajustadas a las normas estrictas
de la moralidad; son lances que suceden,
a veces, en la lucha. Pero debo advertirle
que jamás acontece nada grave entre amigos.

Dullfeet, lo que yo quiero de usted es solamente
que de ahora en adelante tenga confianza en mí.

También quisiera hablarle de un detalle concreto:
deje de publicar todas esas patrañas
y esos cuentos de horror. No atice más el fuego.

DULLFEET:

Señor,
se puede fácilmente no aludir a las cosas
cuando éstas no suceden. Lo contrario es difícil.

UI:

Así espero que sea. Mas si, de vez en cuando,
se soltara la chispa de un pequeño incidente
(piense que el hombre es hombre, a su pesar: no ángel),
quisiera que no escriba que mis fieles muchachos
andan a tiro limpio por calles y rincones.
No niego que es posible que pueda acontecer
que alguno de los nuestros diga alguna palabra
fuera de su lugar, o dé un grito de más;
eso es una minucia disculpable y humana.

BETTY:

Sí, señor Ui:
mi marido le entiende, es muy humano.

GÍVOLA:

Y por humano, también es respetado.
Y puesto que hemos hablado con paz y concordia
y aclarado las cosas como buenos amigos,
yo quisiera enseñarles mis flores.

UI (*a Dullfeet, mientras salen*):

Después de usted, por favor.

Visitan la floristería de Gívola. Ui acompaña a Betty y Gívola a Dullfeet. Durante la escena, los dos grupos aparecen y desaparecen alternativamente entre las flores. Entran Gívola y Dullfeet.

GÍVOLA:

He aquí, querido Dullfeet, los robles del Japón.

DULLFEET:

De los pequeños lagos son la decoración.

GÍVOLA:

Hasta la orilla saltan los peces de colores.

DULLFEET:

Dicen que a los malvados no les gustan las flores.

(Desaparecen. Entran Betty y Arturo Ui.)

BETTY:

El hombre fuerte es fuerte sin brutales presiones.

UI:

Sólo, si habla la pólvora, entiende las razones.

BETTY:

Un sólido argumento puede abrir corazones.

UI:

Pero no con quien debe hacer las concesiones.

BETTY:

El revólver, la fuerza, la coacción, la intriga...

UI:

Aspiro a ser realista en la cosa política.

(Desaparecen. Entran Gívola y Dullfeet.)

DULLFEET:

La flor jamás padece nuestro culpable ardor.

GÍVOLA:

Puede ser que, por eso, yo ame tanto la flor.

DULLFEET:

De un día al otro día transcurre su existencia.

GÍVOLA *(con tonillo cómico y malicioso)*:

Sin páginas impresas que hostiguen su paciencia.

(Desaparecen. Entran Betty y Arturo Ui.)

BETTY:

Se dice, señor Ui, que vive como un santo.

UI:

El alcohol y el tabaco me producen espanto.

BETTY:

¿Cuál es su pensamiento frente a la religión?

UI:

Me proclamo cristiano. Creo que Cristo es Dios.

BETTY:

No se enfade conmigo, no le he de atormentar.

¿Podiera hablarme algo de la cuestión social?

UI:

Soy social; de una simple ojeada, bien se ve.

Los ricos también notan, a veces, mi poder.

(Desaparecen. Entran Gívola y Dullfeet.)

DULLFEET:

También las flores viven sus acontecimientos.

GÍVOLA:

Usted lo ha dicho bien: en los enterramientos.

DULLFEET:

Olvidé que las flores, le daban de comer.

GÍVOLA:

No miente usted: la muerte es mi razón de ser.

DULLFEET:

La violencia no siempre es el mejor camino.

GÍVOLA:

Pero sí es el que lleva derecho al objetivo.

DULLFETT:

Sin duda.

GÍVOLA:

Pero está usted muy blanco.

DULLFEET:

El aire impuro.

GÍVOLA:

¡Usted no aguanta flores! ¡De eso estoy bien seguro!

(Desaparecen. Entran Betty y Arturo Ui.)

BETTY:

Se comprenden ustedes y yo estoy encantada.

UI:

Una vez que se sabe la cantidad apostada...

BETTY:

Hay amistad que crece dentro del huracán...

UI *(poniéndole la mano en el hombro)*:

Me gustan las mujeres que no dudan jamás.

Aparecen Gívola y Dullfeet, muy pálido. Este ve la mano de Ui sobre el hombro de su mujer.

DULLFEET:

¡Vámonos ya, Betty!

UI *(avanzando hacia él con la mano tendida)*:

Dullfeet, su decisiónle honra.

A Cícero ha de ser de gran utilidad.

Que se pongan de acuerdo

dos hombres bien dispuestos a trabajar en paz.

GÍVOLA (*dándole unas flores a Betty*):
Belleza para la bella.

BETTY:
¡Oh, qué esplendor, Ignacio!
¡Qué dichosa me siento!

(Salen marido y mujer.)

GÍVOLA:
Aunque sea despacio,
esto, jefe, podrá servir a nuestro anhelo.

UI:
No sé, no sé. De este hombre no me fío ni un pelo.

Aparece un cartel: «En 1934 y bajo la presión de Hitler, el primer ministro austriaco, Dollfus, accedió a poner fin a los ataques de la Prensa de su país contra la Alemania nazi».

XV

Tañen las campanas. Un féretro es conducido al mausoleo de Cícero. Detrás van Betty Dullfeet, de luto riguroso, Clark, Arturo Ui, Goro y Gívola; estos últimos portan grandes coronas mortuorias. Tras haberlas depositado, Ui, Goro y Gívola se quedan a la puerta del mausoleo; en su interior se oye la voz del sacerdote.

LA VOZ:
Del fiel Ignacio Dullfeet el despojo mortal
encuentra ya el descanso postrimero y fatal.
Aquí acaba una vida de pobreza ejemplar:
horra de toda suerte de goce terrenal.
Sobre el hombro de Dullfeet un ángel del Señor,
a la puerta del cielo, ya su mano posó.
Escuchad lo que dijo y por su boca habló:
he aquí un hombre decente que en la vida cargó
con el fardo de todos y a todos animó.
A partir de este instante, siempre, en cada sesión
que celebre el ilustre Concejo Comunal
se hará un grave silencio: todos esperarán
que Ignacio Dullfeet hable con decente hablar.

Acaba de perder, hermanos, la ciudad
la voz de su conciencia.
Ignacio Dullfeet: descansa eternamente en paz.
Amén.

GÍVOLA:
¡Un verdadero hombre de tacto!
Ni una palabra sobre la forma de morir.

GORO (*que lleva puesto el sombrero de Dullfeet*):
¿Ese un hombre de tacto?
¡Le cuelgan los cojones!
¡Es un hombre que tiene siete hijos!

(Clark y Flake salen del mausoleo.)

CLARK:
¿Pero cómo? ¿Montando guardia aquí
y la verdad, incluso ante la muerte,
no puede hacerse oír?

GÍVOLA:
Amigo,
¿a qué viene ese tono brutal?
Este santo lugar
debe dulcificarle;
el jefe está de mal
humor y no conviene cabrearle.

FLAKE:
¡Asesino! Dullfeet supo cumplir
con su palabra y estarse callado.

GÍVOLA:
Callar es poco y no basta.
Nosotros necesitamos
gentes que sean capaces
no tan sólo de callar.
¡Deben estar dispuestas, por nosotros, a hablar!

¡Y hablar muy fuerte, si es preciso!

FLAKE:

¡Más os valió que callara!
Porque si llegara a hablar,
una palabra tan sólo
hubiera de pronunciar:
¡asesinos!

GORO:

¿Y la coliflor?
¿Quieren vender o no?

FLAKE:

No asesinando.

GORO:

¿Y de qué otra manera
quería que se hiciera?
Si nosotros matamos la ternera
y empezamos la danza,
¿quién saca la barriga de mal año
sin el menor daño?
¡Esto sí que está bueno, como hay Dios!
¡Reclamar el bistec, y al marmitón
llamarle tarambana y maricón!
Pueden hincharse, pero sin gruñidos.
Y ahora, ¡a sus casas, por donde han venido!

FLAKE:

Clark, ¡en mala hora nos trajiste a esta gente!

CLARK:

¡Y que lo digas!

(Salen los dos con aire sombrío.)

GORO:

No permitas, jefe.

que nadie te agüe la fiesta en este entierro.

GÍVOLA:

¡Silencio! Ahí está Betty.

La viuda de Dullfeet sale del mausoleo. Ui se le acerca. De dentro llega una música de órgano.

UI:

Señora, quiero expresarle mi condolencia.

Ella pasa sin decir una sola palabra.

GORO (*rugiendo*): ¡Eh! ¡Deténgase!

La señora se detiene y se vuelve; está muy pálida.

UI:

Ya le dije, señora:

«Quiero expresarle mi condolencia».

¡Debe llevar las cosas con paciencia!

Dullfeet, que en gloria está, ya se ha marchado
de este mundo traidor,

pero la coliflor

ahí sigue sin salir por ningún lado.

Y ahora, señora, quiero recordarle

que le prometo brindarle
protección.

¿La acepta?

BETTY (*mirando al cielo*):

¿Cómo se atreve a hacerme usted esta oferta?

¡Todavía Dullfeet no se convirtió en polvo!

UI:

Señora, sólo puedo lamentar lo ocurrido.

Le juro que este hombre tan vilmente abatido,
fue mi amigo.

BETTY:

¡De usted fue la mano que apretó el gatillo

cuando él le tendía su mano de amigo!

¡La muerte anida
en su mano tendida!
No encuentro palabras.

UI:

Jamás se encuentran cuando no habla el corazón.

BETTY:

¿Y usted llama corazón
a aquello que le hace hablar?
¡Sí! ¡Le creo! ¡Le creo! ¡Sé que es cierto!
¡Cuándo usted mata, habla su corazón!
Su alma nació para mentir. Su honor
tiene una sola meta: el engañar.
¡La vista de la sangre le despierta
un sagrado entusiasmo! ¡Si la violencia explota,
usted respira el aire de la felicidad!

UI:

Señora: tengo por norma el oír al adversario
tranquilamente, incluso si me agobia de afrentas.
Yo sé bien que entre ustedes no me tienen apenas
el más mínimo afecto que al hombre es necesario.
Yo salí de la nada y mi extracción
del humilde arrabal de Nueva York
es el gran argumento y el peor.
Con mi tono brutal y con mi forma
de llamar al pan, pan, y al vino, vino,
doy cada día un paso en el camino
fatal a cuyo extremo está la horca.
Señora, usted vive de la coliflor.
Yo también.
Y es mejor
que ese puente nos una
y que la fortuna
sea para los dos.
Amén.

BETTY:

¡Un puente que nos una!
¡No! ¡De manera alguna!
¡Lo que hay entre los dos es un abismo
cavado por la sangre y el cinismo!

UI:

Una amarga lección hoy me aconseja
no hablarle de hombre a hombre. Yo prefiero
hacerlo con mi acento más sincero
y hablarle como lo haría al dirigirme a la patrona
de alguna sociedad importadora.
«Decidme, ¿qué tal va la coliflor?
La vida sigue andando
—según voy observando—
pese a tanto dolor».

BETTY:

Sí, sigue andando. Y quiero dedicarla
a descubrir al mundo de qué ponzoña muere.
Juro solemnemente ante los restos
de mi marido muerto y enterrado,
odiar mi voz si no pronuncia siempre,
en vez de vanas fórmulas sociales
—«buenas tardes, señora», «vámonos a cenar»—,
una sola palabra: «¡Destruid a Arturo Ui!».

GORO (*amenazador*):

¡No metas tanto ruido, muñeca!

UI:

Rodeados de tumbas, como estamos,
más dulces sentimientos serían prematuros.
Yo le hablo del comercio y el comercio
no conoce la muerte.

BETTY:

¡Oh, Ignacio mío!

¡Ha llegado el momento!
¡Ahora caigo en la cuenta de que tú ya estás muerto!

UI:
¡Así es! ¡Al fin pudo comprenderlo!
Piense que su marido ya está muerto.
Le queda a usted una última
protección.
¡Bien sabe que soy yo!

BETTY:
¡Todo esto dice usted a la viuda
del hombre que mató!
¡Es un tigre sediento de la sangre
que él mismo derramó!
Que volvería hasta el lugar del crimen,
¡bien lo sabía yo!
Pero su intento acabará fallando,
¡lo juro como hay Dios!,
porque el dolor siempre clamará al cielo
el ¡ay! de su dolor,
y el crimen pedirá eterna venganza
con su más firme voz.

UI:
Está ya todo hablado.
He de proteger a Cícero.

BETTY:
¡Que Dios nos proteja de este protector!

UI:
¿Qué responde? *(Le tiende la mano.)*
¿Amigos?

BETTY:
¡No! ¡Jamás! ¡Antes la muerte! *(Huye estremecida.)*

Aparece un cartel: «La ocupación de Austria fue precedida por el asesinato del primer ministro, Dollfuss. Los nazis prosiguieron incansablemente sus esfuerzos para ganarse las simpatías de Austria».

XVI

En el barrio del mercado y en la asamblea de los verduleros de Chicago. Están todos intensamente pálidos.

VERDULERO PRIMERO:

¡Matanzas!
¡Pillaje! ¡Arbitrariedad!
¡Ha caído la ciudad
en manos de la abyección!

VERDULERO SEGUNDO:

Y lo que es aún peor:
¡Tolerancia!
¡Cobardía!
¡Dejadez y aceptación!

VERDULERO TERCERO:

Recuerdo bien que en enero,
cuando una pareja de ellos
fue a mi casa en son de asalto
gritando: «¡Brazos en alto!»,
les dije:
«Podéis llevaros la registradora
con la razón de la ametralladora».

VERDULERO PRIMERO (*excitándose*):

¿Por qué llamar dejadez
a lo que fue sensatez?
Cuando estábamos tranquilos,
prósperos y decididos,
aun rechinando los dientes
y pensando en los clientes,
pagábamos protección
todos, sin decir chitón.

VERDULERO SEGUNDO:

¡Eso nos pasa a nosotros
porque nos falta valor!

VERDULERO CUARTO:

¡Nos faltan armas!
Pero vendo coliflor
y no soy un pistolero.

VERDULERO TERCERO:

Yo tengo la esperanza de que ese cerdo un día
se encuentre con la justa horma de su zapato.
Mas dejemos primero que ensaye su teatro
en algún escenario que esté en la lejanía.

VERDULERO CUARTO:

Digamos que en Cícero.

Entran los verduleros de Cícero, también pálidos como muertos.

LOS DE CICERO:

¡Hola, Chicago!

LOS DE CHICAGO:

¡Hola, Cícero! ¿Qué es lo que os trae por aquí?

LOS DE CICERO:

Nos han convocado.

LOS DE CHICAGO:

¿Quién?

LOS DE CICERO:

Él.

VERDULERO PRIMERO DE CHICAGO:

Pero, ¿cómo puede convocaros
y dar órdenes,
como si fuera un jefe

de Cícero?

VERDULERO PRIMERO DE CICERO:

A punta de pistola.

VERDULERO SEGUNDO DE CICERO:

Nosotros cedemos ante la fuerza.

VERDULERO PRIMERO DE CHICAGO:

¡Qué cobardía!

¿Y vosotros sois hombres?

¡Quita allá!

¿No hay jueces en Cícero?

VERDULERO PRIMERO DE CICERO:

No.

VERDULERO SEGUNDO DE CICERO:

Ya se acabaron.

VERDULERO TERCERO DE CHICAGO:

Es preciso, muchachos, defenderse.

¡Escuchadme! Tenéis que poner fin

y acabar de raíz

con esta peste negra que todo lo devora.

VERDULERO PRIMERO DE CHICAGO:

Primero una ciudad, después la otra...

El deber ciudadano, ¡qué puñeta!,

os fuerza a utilizar la bayoneta.

VERDULERO SEGUNDO DE CICERO:

¿Y por qué hemos de ser sólo nosotros?

Sabed que, en todo esto, nos lavamos las manos.

VERDULERO CUARTO DE CHICAGO:

Si Dios nos lo permite,

nos queda la esperanza

de que ese cerdo, un día,
se tropiece con alguien
de bastante pujanza
que le enseñe los dientes.

Fanfarrias. Hacen su entrada Arturo Ui y Betty Dullfeet, ésta de luto riguroso, seguidos de Clark, Goro, Gívola y los gorilas. Forman calle por la que se adelanta Arturo Ui. Los gorilas se sitúan al fondo.

GORO:
¡Buenos días, muchachos!
¿Llegaron todos los de Cícero?

VERDULERO PRIMERO DE CICERO:
Así es.

GORO:
¿Y los de Chicago?

VERDULERO PRIMERO DE CHICAGO:
También estamos todos.

GORO (a Ui):
Todos están aquí.

GÍVOLA:
Verduleros, os doy la bienvenida.
Recibid el saludo más cordial
del trust de la coliflor.
(A Clark.)
Señor Clark, por favor.

CLARK:
Una buena noticia quiero daros
porque adivino que habrá de agradaros.
El almacén al por mayor
de Betty Dullfeet, la mejor
compañía de importación,
tras larga conversación

aunque difícil, a ratos
(no hay sacrificios baratos),
ha acordado la fusión
con la empresa de los docks:
el trust de la coliflor.
En consecuencia, de ahora en adelante
la coliflor será suministrada
por el trust. Y verán acrecentada
la paz que es necesaria a cada instante.
Ya están fijados
los nuevos precios,
algo aumentados.
Y como aprecio
al nuevo miembro
de nuestra empresa,
le doy la mano.
Señora mía:
sed bienvenida.

(Clark y Betty Dullfeet se estrechan la mano.)

GÍVOLA:
¡Escuchad a Arturo Ui!

UI *(avanzando hacia el micrófono)*:
¡Hombres de Cícero y de Chicago! ¡Mis amigos!
¡Ciudadanos! ¡Prestad a cuanto os digo,
benévolos oídos!
Cuando el viejo Dogbrú, aquel anciano
honrado y respetado,
que Dios tenga en su gloria,
me pidió hace ya un año
que protegiese aquí la venta de las coles
contra viento y marea y otras cosas peores,
jamás en mi emoción pude pensar
que algún día llegara a demostrar
que no defraudaría su esperanza.
Mas Dogbrú ya está muerto.
Todos pueden leer su testamento.

Desde que, a su llamada, di mi contestación,
la venta de ultramarinos
va por muy otros caminos,
y el comercio del pepino,
de la cebolla y la col
ya no está sin protección.
Otro héroe también se fue:
aludo a Ignacio Dullfeet.
Él me pidió protección
para Cícero, mas yo
le puse una condición:
que tal fuera el deseo
más sincero
de cada verdulero.
«Sobre Cícero, nada de presión
—dije a los míos—; estáis bien advertidos:
sobre Cícero, ninguna coacción».
No admito un «sea así» a regañadientes,
ni un «como guste» tímido y prudente.
Quiero que cada cual, con claridad,
se pronuncie a su entera libertad.
¿Qué es lo que os exijo,
hombres de Cícero?
¡Un «sí» rotundo y dado con la frente muy alta!
(Cuando yo quiero algo, siempre lo quiero a fondo.
Odio las medias tintas, por eso cavo hondo.)
Y a vosotros, los hombres de Chicago,
de nuevo la pregunta también hago.
¿Quién está a mi favor?
¡Decidlo sin rubor!
Aquí debo advertir
que, quien no está conmigo,
está en contra de mí
y es mi enemigo.
En su conducta deberá buscar
las causas de su mal.

GÍVOLA:

Antes de decidir,
todos deben oír
a la señora Dullfeet:
la viuda del hombre al que tanto quisieron.

BETTY:
Hombres de Cícero y Chicago,
ahora que quien fue vuestro amigo,
mi llorado marido,
ya no está entre los vivos...

GÍVOLA:
¡Descanse en paz!

BETTY:
... quiero pedir
que, puesto que ya él
no os podrá proteger,
pongáis toda la fe
en Arturo Ui.
Esto es lo que yo hago
tras haberlo podido conocer
en estos tiempos duros para mí...

GORO:
¡Que los que estén a favor de Ui,
levanten la mano!

(Algunos levantan la mano.)

UN VERDULERO DE CICERO:
¿También se puede abandonar la sala?

GÍVOLA:
¡Cada uno puede hacer lo que le dé la gana!

(El verdulero sale no muy decidido. Le siguen dos guardaespaldas. Se oye un disparo.)

GORO:
Ahora ustedes.

¿Cuál es su decisión?

(Todos levantan ambas manos a la vez.)

GÍVOLA:

¡La votación ha terminado!
Jefe, los verduleros de Cícero y Chicago,
temblorosos de gozo
y con la emoción atenazándoles el alma,
te dan las gracias por tu protección.

UI:

Acepto con orgullo vuestro agradecimiento.
Cuando hace quince años me puse en movimiento
—yo, un hijo del suburbio ruín y desheredado,
que para colmo de males era obrero parado—
y seguí la llamada
de la providencia
con siete camaradas
de probada decencia,
quise hacer de esta ciudad
el imperio de la paz.
Esa es la realidad.
Pero la paz hay que saber guardarla.
Para ello he encargado sin demora
una partida de ametralladoras
y de coches blindados
y bien acorazados.
De todo lo que fuere necesario
habrá en cada ocasión:
¡armas para combatir
la traición!
Armas para conseguir,
¡qué sé yo!
Pues no tan sólo Cícero y Chicago reclaman
nuestra presencia y nuestra protección.
Sino también otras ciudades:
¡Toledo! ¡Cincinatti! ¡Pittsburg y Princetón!
¡Albany! ¡Kansas City! ¡Denver y Washington!

¡En todos los lugares se vende coliflor!
¡En San Luis y en Columbus! ¡Miami y Charlestown!
¡Flint, Ithaca, Milwaukee, Little Rock y New York!
¡Ni un «qué asco» de desprecio
ni un «no me gusta así»,
podrán ponerle precio
a la marcha de Ui!

EPILOGO

(Dicho por el actor que interpreta a Ui.)

Respetable público: aprendamos a ver,
en vez de mirar como borregos.

En vez de charlar,
bla, bla, bla, bla, bla,
debemos actuar.

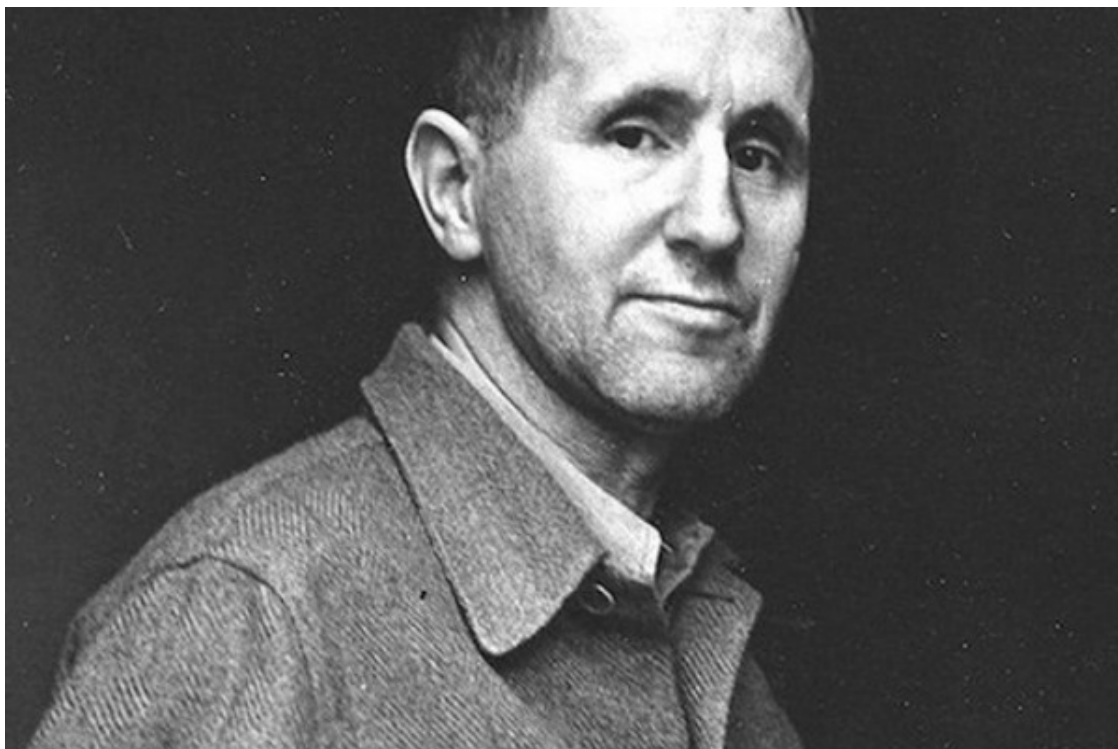
Lo que habéis visto estuvo a punto
de dominar el mundo
aún no hace tantos años.

Los pueblos terminaron por tener la razón,
pero nadie puede cantar victoria antes de tiempo.

¡Todavía es fecundo
el vientre que parió el suceso inmundado!

Respetable público: aprendamos a ver,
en lugar de mirar como el cordero
que marcha al matadero.

FIN



Eugen Berthold (BERTOLT) Friedrich BRECHT (10 de febrero de 1898, Augsburgo, Alemania - 14 de agosto de 1956, Berlín Este, República Democrática de Alemania). Comenzó en Múnich sus estudios de literatura y filosofía en 1917, a los que añadiría posteriormente los de medicina. Durante la Primera Guerra Mundial comenzó a escribir y publicar sus obras. Desde 1920 frecuentó el mundo artístico de Múnich y trabajó como dramaturgo y director de escena.

En 1924 se trasladó a Berlín, donde trabajó como dramaturgo a las órdenes de Max Reinhardt en el Deutsches Theater; posteriormente colaboró también en obras de carácter colectivo. En 1926 comenzó a interesarse con mayor intensidad por el marxismo y estableció un estrecho contacto con Walter Benjamin. Su *Die Dreigroschenoper* (en castellano *La ópera de los tres centavos*) obtuvo en 1928 el mayor éxito conocido en la República de Weimar. En ese año 1928 se casó con la actriz Helene Weigel.

Desde 1930 estrechó sus contactos con el Partido Comunista Alemán. Tres años más tarde, la ascensión del nazismo forzó su salida del país: el 28 de febrero de 1933, un día después de la quema del Parlamento, Brecht comenzó su camino hacia el exilio en Svendborg (Dinamarca). Tras una breve temporada en Austria, Suiza y Francia, marchó a Dinamarca, donde se estableció con su mujer y dos colaboradoras. En 1935 viajó a Moscú, Nueva

York y París, donde intervino en el Congreso de Escritores Antifascistas, suscitando una fuerte polémica.

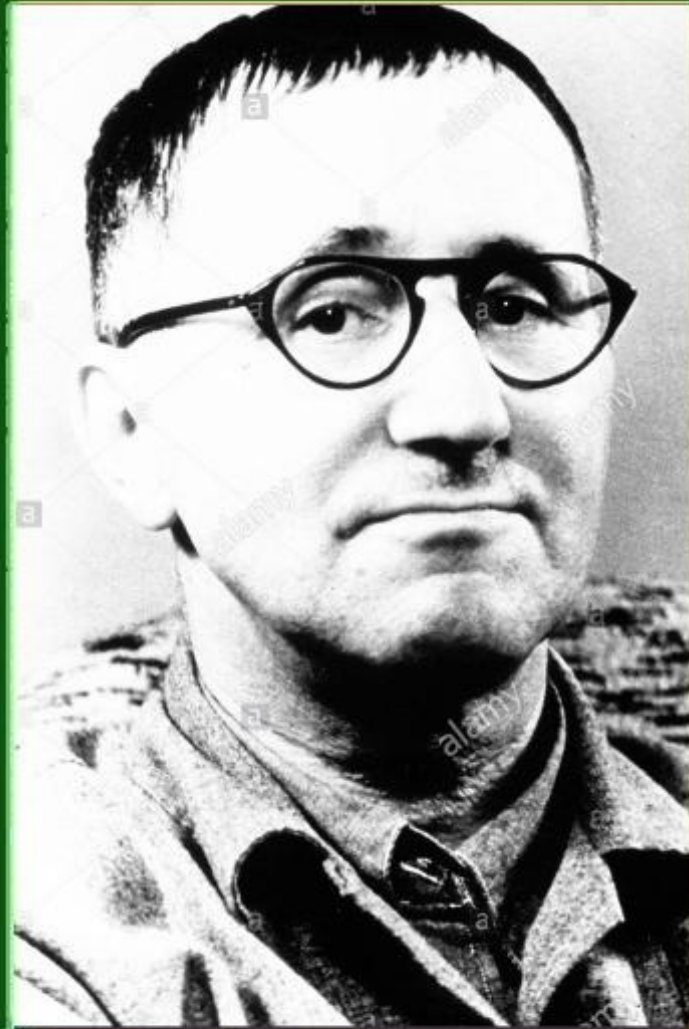
Iniciada la Segunda Guerra Mundial, y temiendo la ocupación alemana, en 1939 se marchó a Suecia; en 1940, a Finlandia, país del que tuvo que escapar ante la llegada de los nazis; y en 1941, a través de la Unión Soviética (vía Vladivostok), a Santa Monica, en los Estados Unidos, donde permaneció aislado seis años, viviendo de guiones para Hollywood. En 1947 se llevó a la pantalla *Galileo Galilei*, con muy poco éxito. A raíz del estreno de esta película, el Comité de Actividades Antinorteamericanas le consideró elemento sospechoso y tuvo que marchar a Berlín Este (1948), donde organizó primero el Deutsches Theater y, posteriormente, el Theater am Schiffbauerdamm. Antes había pasado por Suiza, donde colaboró con Max Frisch y Günther Weisenborn.

En Berlín, junto con su esposa Helene Weigel, fundó en 1949 el conocido Berliner Ensemble, y se dedicó exclusivamente al teatro. Aunque siempre observó con escepticismo y duras críticas el proceso de restauración política de la República Federal, tuvo también serios conflictos con la cúpula política de la República Democrática.

Notas

[1] En la representación, el texto de los carteles como éste es dicho por uno de los actores que han intervenido en la escena, dirigiéndose al público. <<

[2] En la representación, en vez de apagar la luz, una batería de focos es dirigida contra el público al término de cada una de las partes de esta escena. <<



Bertolt Brecht

**LA RESISTIBLE ASCENSIÓN
DE ARTURO U**

Lectulandia